

CLARA ANN SIMONS

Navidad en el Watson Memorial



Navidad en el Watson Memorial

Clara Ann Simons

Navidad en el Watson Memorial
Clara Ann Simons

Copyright © 2024 por Clara Ann Simons.
Todos los Derechos Reservados.
Registrado el 02/12/2024

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

La portada aparece a efectos ilustrativos, cualquier persona que aparezca es una modelo y no guarda ninguna relación en absoluto con el contenido del libro, con su autora, ni con ninguno de los protagonistas.

Para más información, o si quieres saber sobre nuevas publicaciones, por favor contactar vía correo electrónico en claraannsimons@gmail.com

Me gustaría agradecer la ayuda de Maysun Halah Bañón y Carmen Colorado Ferreira por su infinita paciencia mientras escribía este libro. Sin ellas, el resultado no habría sido el mismo.

Índice

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)

Capítulo 1

Alexia

En menos de una hora, abriré el pecho de un niño de ocho años y detendré su corazón.

Diciembre. El gélido aire de Nueva York me corta el rostro mientras tiro hacia arriba del cuello de mi abrigo y me dirijo al hospital.

Me adentro en las puertas giratorias y, al tiempo que avanzo a grandes zancadas hacia mi despacho, no puedo sacar de mi cabeza la imagen de Kai Chen. Recuerdo su sonrisa tímida durante el preoperatorio, sus padres conteniendo las lágrimas mientras firmaban los formularios de consentimiento sin ni siquiera leerlos. Respiro hondo y repaso mentalmente la cirugía, acariciando instintivamente mi bolígrafo de la suerte. Otro hábito irracional que conservo desde niña y que de algún modo ha sobrevivido a múltiples años de formación científica.

—Buenos días, doctora Winters —saluda una de las enfermeras de cirugía cuando entro en la sala de operaciones.

Simplemente asiento con la cabeza. En estos instantes, cualquier tipo de charla informal es tan solo ruido, como lo es el estúpido villancico que tararea el doctor Rodríguez cuando estoy a punto de hacer la primera incisión.

—¿Quieres callarte, joder? Te pagan para anestesiar a los pacientes y supervisar sus signos vitales durante la cirugía, no para cantar villancicos —gruño.

Miguel junta las manos como si estuviese pidiendo perdón. Es posible que fuera del quirófano sea lo más parecido que tengo a un amigo, pero sabe bien que me gusta trabajar en silencio. No entiendo cómo otros cirujanos escuchan música para operar. Y mucho menos que la doctora Arya Kumari sea capaz de hacerlo escuchando heavy metal.

El constante pitido de los monitores ayuda a que me concentre mientras rompemos su esternón, exponiendo completamente el corazón para permitir un acceso más directo.

—Mi madre preparará sus famosos tamales en Nochebuena —murmura Miguel a una de las enfermeras.

—¡Cállate, joder! Succión, aquí —ordeno.

Escucho a alguien resoplar. Seguramente, se están encogiendo de hombros o poniendo los ojos en blanco. Quizá alguno de los cirujanos más jóvenes hace algún gesto de burla. No sería la primera vez.

—Signos vitales —inquiero sin apartar los ojos de la sutura que estoy realizando.

—Todo estable. Presión arterial en 110/70, frecuencia cardíaca de 75. Saturación de oxígeno al 98%.

—¿Necesita más gasas, doctora Winters?

—Sí, un par de ellas más. Vamos a irrigar la zona —respondo de manera mecánica.

Y, cuando aplico el último punto de sutura, la satisfacción es clínica y distante. Otra cirugía con éxito. Otra vida salvada. Es para lo que estudié medicina. Es mi trabajo. No siento la necesidad de invitar a mi equipo a unas cervezas como haría la doctora Kumari.

Las cuatro y media de la tarde. Hora de visitar a Holly Thomson en la 305, pero, por supuesto, en este jodido hospital es imposible caminar por los pasillos sin que alguien te

asalte con ridículas preguntas.

—Alexia, ¿te apunto para la cena navideña de este año? —inquire la doctora Jackie Stone, prácticamente corriendo detrás de mí.

—No.

—Irá todo el mundo, estamos recaudando fondos para los regalos de los niños enfermos y...

—He dicho que no —interrumpo, quizá en un tono más brusco del que debiera, pero es que esta mujer no se da nunca por vencida.

Por suerte, alcanzo la puerta de la habitación 305 antes de que la doctora Stone sea capaz de decir otra palabra. Y allí está Holly, sentada en la cama, su cabello rubio alborotado, quizá algo más pálida que de costumbre, contando a su madre algo sobre duendes navideños.

—¡Doctora Winters! —saluda al verme entrar y esa eterna sonrisa no abandona nunca su rostro. Ayer se le ha caído un diente.

—¿Cómo te encuentras hoy, Holly?

—¿Ha visto alguna vez a los duendes navideños del Watson Memorial? La doctora Arya Kumari dice que aparecen el día de Nochebuena y traen regalos a todos los niños enfermos.

—La doctora Kumari dice muchas cosas —resoplo al tiempo que compruebo sus constantes.

—Dice que tienen tanta magia que en Navidad ayudan a los doctores a curar a los niños.

—A ver, respira hondo y no hables —ordeno, colocando mi estetoscopio en su pecho.

Los sonidos de su corazón son cada vez más débiles y el soplo más pronunciado. Se apaga poco a poco, aunque ella no se dé cuenta.

—Cuando esté mejor, Selene me dejará pilotar su helicóptero, volaremos por encima de Manhattan. Un día seré piloto de helicópteros, como ella y...

—¿Qué te he dicho de no hablar? —insisto.

El ecocardiograma que realizo a continuación me confirma lo que ya suponía. Su corazón se apaga más rápido de lo que había anticipado. La ventana para el trasplante se reduce.

—Señora Thomson, ¿puedo hablar con usted un instante? —solicito, haciendo una seña a su madre para que me siga fuera de la habitación mientras Holly se queda imaginando que hace volar un helicóptero de juguete.

De manera instintiva, Vivian Thomson reconoce en mi voz el tono que todos los padres de niños enfermos han aprendido a temer. Me observa con miedo, esperando mis palabras, aun sabiendo que no serán positivas.

Suspiro antes de hablar, revisando unos valores que me gustaría que no fuesen ciertos.

—Sus niveles de BNP se han duplicado desde la semana pasada —indico, bajando el tono de voz—. Es una hormona que el corazón libera en respuesta a una presión excesiva y sugiere que ha empeorado mucho en los últimos días. También la disfunción en su ventrículo izquierdo ha empeorado.

—Eso es malo, ¿verdad? —pregunta angustiada.

—Actualizaré su estado en la lista de trasplantes a un nivel prioritario. Necesita un nuevo corazón cuanto antes, preferiblemente en días. De no ser así...

Hago una pausa, me detengo al ver el gesto de dolor en la madre de la chiquilla. Dobla el dedo índice, mordiéndolo con fuerza mientras las lágrimas ruedan sin control por sus mejillas. A través de la puerta, puedo ver a Holly todavía jugando con su helicóptero de plástico.

—Pero... es Navidad. La niña está tan emocionada con estas fiestas que...

—A su enfermedad le da igual que sea Navidad que verano, señora Thomson. Encontraremos ese corazón, no se preocupe —le aseguro, acariciando torpemente su brazo izquierdo en un intento de que se tranquilice.

Regreso a mi despacho dispuesta a actualizar el estado de Holly en la lista de trasplantes. Necesito prioridad absoluta o no vivirá para ver el Año Nuevo. Las risas de un niño resuenan en el pasillo, otra vez esa piloto de helicópteros contando historias imposibles.

Sacudo la cabeza y cierro los ojos. Es tan solo un instante, pero regresa a mi mente otra niña pequeña. En otra cama, en otro hospital. En otro tiempo. Las risas de Laura también se escuchaban casi hasta el final de su vida.

Al pasar por la zona de enfermeras, un murmullo ahogado me persigue como una sombra.

—¿A quién le tocarán este año las guardias con la reina de hielo en Nochebuena y Nochevieja? —pregunta la jefa de enfermería.

—¿Vuelve a encargarse ella los dos días?

—Como todos los años, no es ninguna novedad. Total, no tiene vida —agrega una tercera enfermera.

Creen que no puedo escucharlas, o quizá no les importa si lo hago.

Ya en mi despacho, con la confirmación del estado prioritario para el trasplante de Holly en la pantalla, me dejo caer sobre el sillón de cuero.

Desvío la mirada hacia la única fotografía sobre el escritorio. El único objeto personal en una mesa perfectamente organizada.

Dos niñas de once años sonríen a través del tiempo. Sus rostros manchados de harina mientras señalan una fuente de galletas recién horneada. Unas luces navideñas brillan en el fondo. Deslizo los dedos sobre el cristal, acaricio los rizos de Laura, alborotados alrededor de su cara, tapando el ojo izquierdo. Aquel día fuimos felices de verdad. Fue la última Navidad que pasé en su casa antes de que todo cambiase para siempre.

Esa foto va a cumplir veinticuatro años, comienza a teñirse de un tono amarillento, pero el recuerdo sigue intacto.

Aquella noche, acurrucadas en la cama de Laura, susurramos nuestros sueños futuros en la oscuridad.

—Seremos doctoras juntas. Las mejores doctoras —aseguró Laura y el aparato en sus dientes reflejó la luz de la luna—. Curaremos todas las enfermedades y haremos grandes fiestas en Navidad.

Tres meses más tarde, comenzó a tener problemas de salud. Seis meses pasaron hasta que la ingresaron por primera vez en un hospital. El veintitrés de diciembre del siguiente año, trataba de sonreír mientras sostenía la mano de mi mejor amiga y le prometía que me convertiría en el tipo de doctora que podría salvarla.

Murió dos días más tarde.

Quizá sí me convertí en esa doctora. En una que posiblemente hubiese podido salvarla con los medios de los que disponemos hoy en día.

En cuanto a las fiestas de Navidad... nunca tuve la energía para hacer realidad esa promesa.

Capítulo 2

Selene

El gélido aire de Manhattan en diciembre se deja sentir dentro del helicóptero mientras me aproximo al hospital Watson Memorial. Debería ser prácticamente un martes más de trabajo, algo que hago a diario, pero el riñón que transporto en un contenedor isotérmico se parece más al comienzo de un cuento de hadas. Es una nueva oportunidad para que un niño siga adelante con su vida.

Toco tierra sobre el helipuerto con un golpe suave y apago los motores. Los coordinadores de trasplantes se acercan corriendo. Cada segundo cuenta.

Miro el reloj y sonrío. Aún me quedan más de dos horas hasta el siguiente servicio y puedo pasar un rato intentando que los pequeños pacientes se olviden de sus desdichas. Al menos, de manera momentánea.

Sobre todo, me apetece saludar a esa niña de siete años que probablemente esté ahora con la frente pegada a la ventana, observando si puede ver el helicóptero aproximarse al helipuerto. La habitación de Holly Thompson se ha convertido en mi parada favorita cada vez que vengo a este hospital. Le he prometido que cuando se ponga bien, la llevaré a dar una vuelta y volaremos sobre Manhattan. Ojalá pueda cumplir esa promesa.

—¿Te has cruzado con algún dragón hoy? —chilla cuando entro en su habitación.

Está sentada en la cama, el helicóptero de juguete que le regalé hace dos semanas a su lado. La piel parece algo más pálida que de costumbre.

—No hay dragones en Manhattan, pero ¿sabes qué? Había una bandada de palomas gigantes sobre Central Park —bromeo, sentándome junto a ella.

—¿Palomas gigantes?

—Buah, eran enormes —exagero, observando su cara de asombro.

—Quizá comieron algo radioactivo —apunta Holly.

Sonrío y por el rabillo del ojo, observo a la doctora Alexia Winters. Se ha quedado de pie junto a la puerta, fingiendo revisar una historia médica, aunque creo que está escuchando nuestra conversación. Como siempre, lleva la bata impecable, el pelo recogido en una rígida cola de caballo perfecta.

Continúo con la historia, exagerando cada vez más, haciéndola más inverosímil en cada frase, ganándome las suaves carcajadas de Holly en el proceso.

—Tuve que esquivarlas, porque traía un paquete súper importante al hospital. Y entonces, el líder de las palomas, que tenía una cresta de Mohicano, intentó tirarme ramas al cristal del helicóptero y...

—¿Y qué hiciste? —interrumpe Holly, sus ojos muy abiertos.

—Recordé un viejo truco de los pilotos. Verás, las palomas, incluso las gigantes, no pueden resistirse a la tentación de un buen donut. Así que recordé que tenía un par de donuts que me habían sobrado del desayuno, los tiré fuera del helicóptero y las palomas se lanzaron en picado a por ellos.

—¡Menos mal que te habían sobrado! —suspira la niña, llevándose las manos al pecho.

La doctora Winters deja escapar un sonido que no tengo claro si es un gesto de desdén o que mi historia le ha hecho gracia. Su rostro se mantiene impassible, imperturbable.

—¿Me enseñarás a volar un día? ¿Cuándo esté mejor? —insiste Holly.

—Ya sabes que te lo he prometido y yo nunca rompo una promesa. Mucho menos si es una promesa de meñiques —añado, doblando mi dedo meñique para entrelazarlo con el suyo.

—¿Me puedes contar alguna historia de cuando estabas en el ejército? ¿De los días en que rescatabas a gente en las montañas?

—¿Sabes? Las personas más valientes que conocí cuando estaba en el ejército no fueron los soldados, sino los niños que estaban en los hospitales de las zonas de guerra. Justo como tú, señorita. Tú eres una de las personas más valientes que he conocido —le aseguro con un guiño de ojo.

El rostro de Holly parece iluminarse, pero, lo más extraño es que juraría haber visto un esbozo de sonrisa en la doctora Winters y eso sí que es raro.

Nah, deben ser imaginaciones mías.

—Ojalá pudiese poner un árbol de Navidad en esta habitación —suspira, pasando la punta de los dedos por la pared—. Mamá dice que no se puede, por los gérmenes o algo así.

—Seguro que podemos encontrar algo para decorar las habitaciones. Hablaré con la doctora Kumari. ¡Verás cómo se nos ocurre alguna cosa!

—¿Tú has visto a los duendes Navideños? Arya dice que salen por todo el hospital el día de Navidad y tienen magia.

—¡Claro que tienen magia! La magia más poderosa —afirmo, aunque ni siquiera sé de lo que me está hablando.

A nuestro lado, la doctora Winters se aclara la garganta y me indica que es hora de que Holly descanse. Al parecer, la han colocado como prioridad alta en la lista de trasplantes y esperan poder realizar la cirugía en los próximos días.

Se acerca a la niña y, para mi sorpresa, pierde parte de su frialdad al hablar con ella. Es tan solo una parte, pero me fascina. Es casi como ver los cristales de hielo formarse a la inversa, revelando patrones de calidez que quizá siempre han estado ahí, pero que ahora se han congelado.

Permite a Holly jugar con su estetoscopio, explicándole que funciona como un teléfono con el que puede escuchar lo que dice su corazón y algo me deja anclada a la cama junto a ellas, sin moverme. Escuchando embobada la conversación.

Muerdo el labio inferior y pienso en mi hermana Emily, en todos los doctores que trataron su larga enfermedad. Algunos eran buenos, pero distantes. Otros amables, aunque ineficaces. La doctora Winters no es ninguna de las dos cosas, es algo completamente diferente. Como un río de aguas cristalinas que corre bajo la superficie de un glaciar. La llaman la reina del hielo. Bueno, también cosas mucho peores, pero quizá están leyendo mal la historia. A veces, un castillo de hielo puede haberse levantado para proteger un tesoro.

—Tengo mucho miedo a la operación —susurra Holly, retorciendo entre sus manos la manta de hospital y no puedo evitar interrumpir la charla.

—¿Sabes qué? Las personas valientes también tienen miedo.

—Tú pilotas helicópteros, has estado en la guerra, seguro que no le tienes miedo a nada —masculla, encogiéndose de hombros.

—Uy, claro que tengo miedo. Te lo contaré si me guardas el secreto. Tengo muchísimo miedo de las escaleras mecánicas —admito, bajando el tono de voz.

—¿De esas que se mueven?

—Me ponen de los nervios, no consigo subirme en ellas. Tiemblo como la gelatina.

Holly echa la cabeza hacia atrás y se ríe despreocupada, olvidándose, aunque sea tan solo unos instantes, de su futura cirugía.

—Pero vuelas en helicópteros, incluso si las palomas gigantes te atacan cuando pasas por Central Park. Tener miedo a las escaleras mecánicas no tiene sentido —expone entre risas.

—Te contaré una cosa sobre el miedo, señorita Holly. El miedo no siempre tiene sentido. Puedo atravesar una tormenta de nieve con mi helicóptero, pero me pongo a temblar con solo pensar en una escalera mecánica —susurro como si le estuviese contando un secreto—. ¿Y sabes qué ayuda mucho a vencer el miedo?

—¿Qué?

—Tener a gente valiente contigo. Por eso, cuando entres en el quirófano, estarás con la doctora Winters y la doctora Kumari y también con Miguel, el anestesista, y otro montón de gente muy valiente que cuidarán de ti para que no te pase nada. Y cuando te pongas bien, volaremos en mi helicóptero sobre Central Park para enfrentarnos a las palomas gigantes mutantes —agrego con gestos exagerados.

Compruebo el reloj y observo que ya es la hora de irme. Debo recoger un órgano en Nueva Jersey dentro de cuarenta minutos y no puedo hacerles esperar. Me despido de la niña con nuestro típico saludo militar y abandono casi corriendo la habitación cuando escucho una voz que me deja de piedra.

—¡Selene!

Es la primera vez que oigo a la doctora Winters decir mi nombre, pero, por algún motivo que desconozco, suena en sus labios como una melodía.

—Gracias por fingir que tienes miedo de las escaleras mecánicas con Holly. La has ayudado mucho.

—La única exageración fue lo de las palomas mutantes de Central Park. Le tengo pánico a las escaleras mecánicas —le aseguro, encogiéndome de hombros.

Y ahora sí que ha sonreído.

Capítulo 3

Alexia

—¿Pero tú por qué coño le prometes a esa niña cosas que no puedes cumplir? —chillo nada más ver a Selene Callahan entrar en el hospital al día siguiente.

Holly lleva toda la mañana insistiendo en que quiere adornos navideños en su habitación. Entiendo que la cría está muy nerviosa por el trasplante de corazón. No la culpo, es para estarlo. Está cansada, lleva literalmente toda su vida luchando contra una cardiopatía congénita que amenaza con acabar con ella.

Selene me mira confusa, sus ojos azules clavados en mí. Respiro hondo, el control emocional lo es todo en la medicina, pero en la universidad nunca te dicen qué hay que hacer cuando una piloto de helicópteros imprudente promete cosas que podrían matar a tu paciente antes de un trasplante.

—Solo trataba de darle esperanza. La niña necesita agarrarse a algo que la haga feliz durante un tiempo —se justifica.

—Su sistema inmunitario es débil y no puedo arriesgarme a que se ponga enferma antes de una operación a corazón abierto —protesto sin que mi enfado disminuya ni siquiera lo más mínimo.

—No pensaba ir a por las decoraciones navideñas al basurero. Lo sabes, ¿verdad? —responde con desfachatez—. Se puede traer material estéril, o desinfectarlo en el propio hospital.

—¿Quién pagaría por ese proceso?

—Yo misma —responde sin inmutarse—. Mira, solo quiero alegrarle un poco la vida a una niña que ya ha sufrido demasiado. No veo dónde está el problema. Recuerdo vagamente que la doctora Kumari mencionó esa posibilidad durante las pasadas Navidades y...

Claro, ya salió Arya. Siempre liando las cosas. ¿Cómo no iban a ser amigas estas dos si son igual de tontas?

—¡No puedes hacer promesas sin consultar al equipo médico! —insisto.

Alzo la voz a pesar de mis mejores esfuerzos por no hacerlo. Y lo peor de todo es que ni siquiera sé por qué estoy tan enfadada. Es cierto que debería haberme consultado antes de dar esperanzas a una niña de siete años, pero lo que dice es verdad. Podríamos buscar una solución.

—Mira, entiendo bien por lo que está pasando Holly. Perdí a mi hermana por una cardiopatía congénita similar a la suya. El corazón nunca llegó a tiempo. Aun así, la última Navidad de Emily fue...

—Esto no va sobre tu hermana —interrumpo—. Esto va sobre aplicar los protocolos médicos adecuados.

—Vale, tranquila, joder. Te pido disculpas. Madre mía, entiendo que estás muy estresada, pero solo pretendía ayudar.

—Ni tranquila ni nada —ladro sin entender por qué sigo discutiendo cuando ya se ha disculpado—. No puedes jugar a ser Santa Claus con mis pacientes solo porque puedas entrar volando en el hospital y contarles un montón de historias y, además...

—¡Código azul en la habitación 312! —chilla una enfermera.

—Un carro de resucitación, rápido —exijo.

Corro a la habitación 312 donde Tommy Martínez, un joven recién operado, ha entrado en parada cardíaca.

—¡Fibrilación ventricular! —chilla una enfermera—. ¡Sin pulso!

De pronto, Selene Callahan desaparece de mi mente y el mundo se reduce a compresiones, verificaciones de ritmo cardíaco y decisiones tomadas en décimas de segundo.

—¡Palas! Carga a 200. ¡Fuera!

El cuerpo de Tommy se arquea con la descarga, pero su corazón sigue sin latir.

—A 300. ¡Fuera!

—Recupera el pulso, doctora Winters —susurra una de las enfermeras dejando escapar un largo suspiro de alivio.

Tras proporcionar las instrucciones sobre lo que deben hacer para monitorear al paciente, abandono la habitación y mi mirada se cruza con la de Selene, que se ha quedado petrificada en el mismo lugar en que estaba. Sin embargo, ahora ya no estoy enfadada. Ella me sonríe, parece querer decir algo, pero no me detengo. Hago un pequeño gesto con la cabeza a modo de saludo y me dirijo a mi despacho.

Horas más tarde, los últimos resultados de Holly no presagian nada bueno. El reloj del ordenador marca las 2:47 de la mañana y aprieto entre mis dedos mi bolígrafo de la suerte como si eso pudiese cambiar algo. Sé perfectamente que la ciencia no funciona así, pero, ahora mismo, cambiaría todos mis conocimientos médicos por un milagro de Navidad.

—¡Eso no es aceptable! —gruño por teléfono, seguramente con un tono de voz demasiado alto para casi las tres de la mañana—. Entiendo que Boston tiene dos casos prioritarios y Cleveland otros dos, pero esta niña necesita subir posiciones en la lista —exijo.

La mujer al otro lado de la línea responde con una frialdad irritante.

—Doctora Winters, todos los hospitales grandes tienen algún niño en situación crítica que necesita un trasplante urgente.

—No lo entiende. No llegará a fin de año sin no recibe antes un corazón compatible —suspiro sin saber qué más decir.

Me niego a rendirme. No pienso renunciar. Lucharé para que esa niña de siete años cumpla su estúpido sueño de volar en helicóptero sobre Manhattan sea como sea.

La noche se estira a base de innumerables tazas de café mientras estudio tratamientos experimentales del tipo que sea con tal de que puedan darme unos días extra. Mi pantalla del ordenador está repleta de artículos de revistas médicas hasta que el golpe de unos nudillos en la puerta me sobresalta.

—¿Has pasado aquí toda la noche? —pregunta Miguel, confuso al ver mi mesa llena de tazas de café vacías.

—Tengo que revisar unos artículos y...

—Sabes que la gente normal duerme a veces, ¿verdad?

—La gente normal no tiene pacientes de siete años a punto de morir mientras un burócrata decide si está más o menos alta en una lista de prioridad de trasplantes —bufa.

—¿Holly está tan mal?

—Sí —suspiro.

—Joder, ¿puedo hacer algo?

—Salvo que me encuentres un corazón compatible, lo dudo.

No dice nada, sabe que ninguno de nosotros puede hacer otra cosa que no sea esperar a que se produzca un milagro en forma de corazón que salve su vida.

Algo se rompe dentro de mí cada vez que veo a esa niña sonreír a pesar de todo lo que tiene encima. Todavía cree en la Navidad, en un mundo feliz en el que los corazones de los niños nunca fallan. Un mundo en el que los doctores no pasan la noche entera luchando en batallas perdidas contra el tiempo.

Fuera, escucho a lo lejos el zumbido distante de un helicóptero aterrizando en el helipuerto. Probablemente, Selene trayendo algún órgano que salve la vida de alguien. Ojalá pudiese verla traer un corazón para Holly.

Capítulo 4

Selene

Tras pasar un día entero luchando contra la burocracia del hospital, los paquetes de decoraciones navideñas esterilizadas parecen entre mis manos un regalo de Navidad anticipado. Le había prometido a Holly que lo conseguiría y soy terca como una mula, no me importa lo enfadada que esté la doctora Winters.

—¿Cómo has logrado que el hospital apruebe el gasto para todas estas cosas? —pregunta sorprendida una de las enfermeras de pediatría que se ha ofrecido a ayudarme.

—Digamos que le debo a Arya unos cincuenta cafés y una cena en algún restaurante muy caro, pero ha merecido la pena, ¿no crees? —admito con una sonrisa de orgullo—. ¿Holly está durmiendo?

—Sí, últimamente está muy cansada —reconoce, bajando el tono de voz con pena—. Pero verás que alegría se va a llevar cuando se despierte y vea todo esto.

Mientras vamos separando las decoraciones para los distintos niños, la voz de la doctora Winters se filtra a través de la puerta entreabierta de uno de los despachos y cada una de sus palabras es una daga que atraviesa mi corazón.

—Las últimas pruebas muestran un deterioro significativo. La función del ventrículo izquierdo ha disminuido otro quince por ciento desde ayer.

La brusca inhalación de la madre de Holly al escuchar esas palabras casi refleja la mía.

—¿Cuánto le puede quedar si no conseguimos un corazón compatible? ¿Dos, tres meses? —pregunta Vivian, su voz temblando de tristeza.

—Si no lo encontramos en un par de días... debes ponerte en lo peor —confiesa la doctora Winters y se pueden escuchar con claridad los sollozos de la madre de Holly en cuanto termina la frase.

Una punzada de dolor me atraviesa. Terrible. Me destroza. Recuerdo con nitidez como hace dieciocho años otro doctor intentó explicarle a mi madre por qué mi hermana Emily no viviría para ver el Año Nuevo.

—Sigue tú. Tengo que hacer algo muy urgente —indico a la enfermera, que me mira con una expresión extraña al ver que prácticamente me escapo corriendo hacia un lugar tranquilo.

Mientras los copos de nieve caen lentamente al otro lado de la ventana, mis ojos se llenan de lágrimas al recordar la última Navidad de Emily. Cómo insistió en decorar su habitación de hospital a pesar de que apenas podía sentarse en la cama sin ayuda. La forma en que me hizo prometer que cuando creciese ayudaría a otros niños a que fuesen felices en Navidad cuando la tuviesen que pasar en un hospital. “Con la habitación decorada es más fácil ser valiente” susurró, cogiendo mi mano.

Presiono la frente contra el frío cristal de la ventana y saco el teléfono móvil. Mis dedos tiemblan ligeramente mientras busco el contacto, porque esto no es una llamada más al coordinador de trasplantes. Esto es por Holly y no pienso fallarla.

—Marcus, soy Selene. Necesito un favor grandísimo —trato de impedir que la voz se me quiebre al hablar, aunque no creo que lo esté consiguiendo.

—Déjame adivinar, me llamas por el caso de Holly Thompson, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

—La doctora Alexia Winters ya me llamó tres veces hoy. Cada una de ellas para insultarme por no conseguir un corazón compatible para la cría.

—¿No se puede hacer nada?

—Sabes que haría cualquier cosa por ti, Selene, pero no puedo saltarme las listas de prioridad para un trasplante. Déjame comprobar de nuevo. Nada en Nueva York o Nueva Jersey. Boston tiene dos pacientes críticos arriba del todo en la lista y Filadelfia...

—Sí, sí, ya conozco todo eso, lo acabo de escuchar hace un rato. Busca algo, Marcus, por favor. La niña tiene solo siete años, siete, joder. Está llena de vida. No puede acabar así.

—Sabes que no puedo, Selene.

—Por favor, mi hermana pequeña murió porque el trasplante nunca llegó a tiempo. No quiero volver a vivir una situación similar con esa pobre niña y...

—¡Joder, espera!

—¿Qué ocurre?

—Acaba de entrar un corazón que puede ser compatible.

—Dime dónde tengo que ir a recogerlo —suplico sin esperar más explicaciones.

—Mierda, olvídale, Selene. Me dejé llevar. Está en Burlington.

—¿En Vermont? Son unas dos horas de vuelo, el helicóptero tiene autonomía para llegar hasta allí.

—También hay una terrible tormenta de nieve en toda esa zona. Jamás conseguirás el permiso para volar.

—Hice dos turnos en Afganistán, Marcus. Me han disparado de todo mientras volaba, los copos de nieve no me van a asustar —le recuerdo.

—Puede que a ti no, pero dudo que consigas un cirujano cardíaco que quiera acompañarte.

—¿Cuánto tiempo tengo para entregar el corazón si las cosas se complican? ¿Cuatro, seis horas?

—Más o menos, pero, Selene, no me estás escuchando, joder. Es una tormenta muy seria. La orden es no dejar volar a nadie y eso también te incluye a ti. Incluso si consigues que un cirujano cardíaco se juegue la vida contigo, nadie te va a aprobar el plan de vuelo.

—¿La compatibilidad es buena? —inquiero sin escuchar sus palabras.

—Los test preliminares indican que es muy buena. Pero, Selene...

—Envíame todos los detalles y mantén a Holly arriba de todo en la lista. Voy para allí lo antes posible.

—Selene, joder, escucha por una vez en tu vida...

Pero ya es tarde, corro hacia la habitación de Holly en busca de la doctora Winters todo lo rápido que me permiten las piernas.

Y la escena que me encuentro al llegar me parte el corazón. Alexia está arrodillada junto a la cama de la niña, algo muy distinto a su actitud habitual. Aprieta con fuerza el bolígrafo mientras la escucha hablar.

—El único regalo que quiero por Navidad es que mamá deje de llorar por mi enfermedad. Solo espero que los duendes del hospital tengan la suficiente magia para conseguirlo —suspira la chiquilla y tengo que parpadear varias veces al ver a la mismísima Alexia Winters secarse una lágrima con disimulo.

En ese instante, no pienso, me muevo.

Entro en la habitación sin ni siquiera saludar, y cojo por el codo a la doctora, tirando de

ella para que me siga. Seguramente con más fuerza de la necesaria a juzgar por la furia que desprenden sus preciosos ojos verdes.

—¿Qué coño se supone que haces, gilipollas? —ruge cuando estamos ya en el pasillo. Las enfermeras nos miran con cautela, pero no dicen nada.

Coloco la palma de mi mano abierta sobre su boca para hacerla callar y siento una profunda inhalación contra mi piel. Al menos no me ha mordido.

—¡Cállate, joder! ¡Tengo un corazón para Holly! Está en Vermont, en Burlington y es compatible. Dame tu correo y te paso todos los detalles —susurro con la mano todavía cubriendo su boca.

La doctora Winters abre los ojos con sorpresa y decido alejar lentamente la mano, aunque la mantengo cerca por si empieza a gritarme.

—¿Cómo lo has conseguido? He llamado al centro de coordinación de trasplantes un millón de veces. ¡Déjalo! No me lo digas. Prefiero no saberlo. No quiero tener nada que ver con algo ilegal.

—¡Cállate un poco, joder! Es todo legal. Acaba de entrar en la lista, pero van a cancelar todos los vuelos por culpa de una tormenta de nieve.

—¿Por qué sabes todo eso? —pregunta confusa.

—Tengo mis contactos.

—¿Cuánto tiempo se tardaría?

—Algo más de dos horas con el helicóptero, si nos vamos ya mismo, antes de que impidan volar.

—¿Nos vamos? ¿Por qué hablas en plural?

—Porque vienes conmigo.

—Ni hablar. No me pienso subir a un helicóptero. Además, ¿tú sabes la cantidad de papeleo que tengo que rellenar para algo así?

—Es que no se lo vamos a decir a nadie en el hospital hasta que estemos seguras de que llegamos a tiempo con el corazón —explico.

—¿Tú has perdido la cabeza? ¡Déjame ver los detalles de ese corazón!

Mientras revisa en mi teléfono móvil los datos que Marcus me ha enviado, algo cambia en su expresión. Mira hacia la habitación de Holly, aprieta de nuevo el bolígrafo con fuerza.

—Las pruebas preliminares son excelentes. Tipo de sangre, tamaño, anticuerpos. Todo coincide —suspira, frunciendo el ceño con concentración.

—¡Vamos entonces! Antes de que nieve más.

—¿Sabes que esto es una locura?

—Completamente.

—Podríamos morir si la tormenta es tan fuerte como dices. Incluso nos podrían quitar la licencia por no seguir los protocolos establecidos.

—Lo sé, y no estoy segura de que ese sea el orden de prioridades que debe preocuparte, pero bueno. El caso es que Holly tiene una oportunidad. Nos está esperando en Vermont y tenemos que salir ya —insisto, mirando el reloj de manera compulsiva.

—¿Por qué quieres que vaya, exactamente? ¿No puede acompañarte de vuelta un doctor del hospital de Burlington?

—Quiero que supervises que todo está bien en Vermont. Necesito a alguien que entienda las complejidades de un corazón para trasplante, alguien que pueda evaluar su estado en tiempo real si debo desviar la ruta. Alguien que mantenga ese corazón en las mejores condiciones si las cosas se complican y el viaje se alarga. Te necesito a ti, Alexia —suspiro.

Capítulo 5

Selene

Mientras espero a que se decida, los minutos pasan como si fuesen copos de nieve. Lentos al principio, para más tarde acumularse en montones de tiempo perdido que no conduce a ninguna parte. Cada poco, mi teléfono móvil vibra con una nueva alerta meteorológica, pero la doctora Winters sigue revisando una y otra vez el expediente de Holly.

—No es por meterte prisa, pero Marcus acaba de enviar una actualización y deberíamos empezar a movernos. Ya, ahora mismo.

Ni siquiera levanta la vista de la pantalla de su ordenador.

—Estos niveles de BNP —masculla para sí misma—. ¿Por qué han empezado a subir tan rápido?

—¡Alexia!

Escuchar su nombre de pila consigue que levante la cabeza de golpe y me mire.

—¿Has escuchado alguna palabra de lo que te he dicho? Nos quedamos sin tiempo. La FAA está a punto de cancelar todos los vuelos —insisto.

—No me metas prisa. Este tipo de situaciones hay que revisarlas un millón de veces. Si pasamos por alto algún detalle, por pequeño que sea...

—¿No puedes seguir revisando esos detalles en el jodido helicóptero? —protesto, alzando la voz más de lo que sería necesario, pero es que la cautela de esta mujer me pone de los nervios.

—No.

—Mira —tercio, girando hacia ella la pantalla de mi teléfono móvil para que vea el radar meteorológico, donde una masa de azul y blanco se arremolina hacia nosotras como si estuviese a punto de devorar toda la costa este del país.

—Eso es...

—Sí, la madre de todas las tormentas de nieve que hayas visto y se mueve hacia nosotras. O salimos antes de una hora o ya nos podemos despedir de ese corazón —me quejo, dejando escapar un sonoro bufido de frustración.

—Y si cometo un error, por pequeño que sea, no solo no le servirá de nada a Holly, sino que estaremos evitando que otro niño en sus mismas condiciones salve la vida. Necesito revisar a la pequeña —anuncia, levantándose de golpe y saliendo del despacho a grandes zancadas.

Me quedo esperando en la puerta. Holly parece muy cansada. Su piel ya ni siquiera tiene el color pálido de estos días, se ha apagado hasta adquirir un tono ceniciento. Desde donde estoy, se aprecia claramente que le cuesta respirar a pesar de la cánula de oxígeno.

El gesto de desesperación de la doctora Winters lo dice todo sin necesidad de palabras.

—Selene —masculla con dificultad desde su cama—. ¿Te atacaron hoy las palomas gigantes?

—Todavía no, capitana Holly, pero el día no ha acabado —respondo, intentando que mi voz no se quiebre al verla en este estado.

Me esfuerzo por sonreír delante de ella, pero su vida se apaga y si no hacemos algo

pronto, será demasiado tarde.

—Mamá dice que la tormenta va a ser muy grande. Es mejor que no salgas —me advierte.

—Tendrías que ver las tormentas de arena. Son mucho peores. Pero, bueno, si debo salir, tendré mucho cuidado —le aseguro.

—¿Lo prometes?

—Promesa de meñiques —susurro, acercándome a ella para entrelazar nuestros dedos.

Justo en ese instante, cruzo la mirada con la doctora Winters y algo ocurre entre nosotras. Tal vez comprensión, tal vez una desesperación compartida. Quizá algo diferente.

—Ese corazón que tienen en Burlington es su única opción, ¿verdad? —inquiero cuando salimos de nuevo al pasillo.

—Sí —suspira—. Pero esta tormenta...

—He volado en peores condiciones y con gente disparándome.

—No en un espacio aéreo civil sin sistemas de apoyo con un órgano demasiado sensible al tiempo.

—Pues entonces no sé a qué estamos esperando, Alexia —susurro, acercándome a ella en cuanto entramos en el despacho—. Sé que tienes miedo, no son las condiciones ideales para volar, pero he visto a mi hermana pequeña morir esperando un corazón que nunca llegó y no lo haré de nuevo. No cuando hay una posibilidad de salvar a Holly, por minúscula que sea.

—¿Estás segura de que puedes volar en esas condiciones?

—Lo suficiente como para apostar nuestras vidas —respondo sin dudar.

—Está bien, pediré la autorización y voy contigo.

—Venga ya, Alexia, pide la jodida autorización desde el helicóptero. ¡Vámonos ya!

—Quiero salvar a esa niña tanto como tú, a ver si se te mete en esa cabeza de madera que tienes —protesta enfadada, pegándose a mi cuerpo—. Pero no puedes pedirme que lo arriesgue todo en un vuelo no autorizado.

—Solo te pido que salves la vida de Holly. Cuando pase la tormenta será ya demasiado tarde —replico.

—¿Crees que no lo sé?

—Pues no te escondas detrás de un protocolo mientras una niña se muere.

—No me escondo detrás de ningún protocolo —gruñe, golpeando mi hombro. Su pecho hinchándose con cada profunda respiración—. Si nos estrellamos, no ayudaremos a nadie.

—No nos vamos a estrellar.

—No puedes garantizar eso.

—Cállate de una jodida vez, Alexia —susurro contra sus labios.

Abre los ojos sorprendida y el tiempo parece detenerse. Coloca las manos en mi cintura, empujándome contra la pared y dejando escapar un pequeño gemido cuando la punta de su lengua encuentra la mía.

—Joder —suspira al separarnos, cerrando los ojos y negando lentamente con la cabeza.

—Sería mejor irse cuanto antes, Alexia —repito bajando la voz y acariciando su brazo izquierdo.

Me mira fijamente, su respiración acelerada. Pasa la punta de los dedos por sus labios y por un instante, no sé si volverá a besarme o me dará un bofetón. Pero no hace ni lo uno, ni lo otro.

—Pido la autorización y esperamos la respuesta mientras volamos —sisea—. Pero si nos

estrellamos y morimos, no te lo perdonaré jamás —añade, señalándome con el dedo índice antes de empezar a teclear en su ordenador.

Capítulo 6

Alexia

Una alarma de Código Azul me desgarran justo cuando estoy recogiendo todo lo necesario para subirme al helicóptero. Por un horrible momento lo sé, simplemente sé en el fondo de mi corazón, de qué habitación se trata. Aprieto mi bolígrafo de la suerte mientras me confirman el peor de mis temores.

—Código azul, habitación 305. Repito, código azul, habitación 305, doctora Winters —escucho, y mi mundo se viene abajo.

La habitación de Holly.

Joder, ya había solicitado la autorización tanto al hospital como al centro de trasplantes. Esto no puede ocurrir. No tan rápido.

La escena que me encuentro al entrar es un auténtico infierno. Holly yace pálida e inmóvil en su cama. Los monitores gritan sus advertencias en una cacofonía de pitidos que no querría escuchar jamás. Vivian llora en una esquina. Tiembla, tapándose la boca con las manos, mientras una infinidad de lágrimas ruedan por sus mejillas.

—¡Taquicardia ventricular! —grita una enfermera—. ¡Presión arterial cayendo!

—Administra una de epinefrina —ordeno, moviéndome junto a la cama de Holly—. Empieza compresiones mientras llega el carro de paradas. ¿Dónde está ese puto carro de paradas, joder? —chillo.

El equipo de reanimación entra en la habitación con todo lo necesario en un abrir y cerrar de ojos y el tiempo parece transcurrir a cámara lenta.

—Carga a 50 —ordeno— ¡Fuera! Descarga en tres, dos, uno. ¡Descarga!

El cuerpo de Holly salta sobre el colchón, pero nada cambia en los monitores.

—Mierda, joder, no te rindas ahora, por favor —suspiro, mordiendo mi labio inferior hasta que noto el sabor de mi propia sangre—. Otra vez, subimos a 100 julios.

Alzo los ojos al cielo y coloco de nuevo la pala derecha bajo la clavícula, la pala izquierda va de manera automática a la parte izquierda, a la altura del pezón. Es una maniobra que he realizado en cientos de ocasiones, pero, por algún motivo, hoy se siente diferente. Demasiado diferente.

—¡Fuera! Descarga en tres, dos, uno. ¡Descarga!

Un ligero olor a quemado se mezcla con el del gel conductor. Una de las enfermeras solloza a mi lado, incapaz de contener la tensión. Por el raballo del ojo, observo a Selene parada en la puerta, su rostro tan blanco como la nieve que cae en el exterior. Los ojos humedecidos por las lágrimas. Me duele verla así. Ha visto lo peor del ser humano en la guerra y ahora, con esta niña, se está rompiendo por dentro.

—Segunda ronda de epinefrina. Continúa con las compresiones. ¡Hay que recuperarla, joder!

Cada segundo parece una eternidad, el tiempo se nos escapa como el agua entre los dedos. El corazón de Holly se apaga, ha dejado de luchar. Se está rindiendo mucho antes de lo que esperaba.

Y, de pronto, un cambio de ritmo en el monitor. Un suspiro unánime se escucha en la habitación.

—Presión arterial subiendo, doctora Winters —anuncia una de las enfermeras.

—Recupera el pulso. Saturación de oxígeno mejorando —añade otra.

Respiro hondo y, no soy una persona muy religiosa, pero doy gracias al cielo. En la puerta, Selene se seca las lágrimas con la palma de la mano y me susurra un “gracias” seguido de una sonrisa preciosa.

—Muy bien, pequeña, sigue luchando un poco más —suspiro, acariciando con el dedo pulgar la mejilla de la niña

Me levanto y me dirijo hacia Vivian. Alguna de las enfermeras tendría que haberla sacado de la habitación durante la reanimación, pero supongo que ver a una niña de siete años en esas condiciones nos afectó demasiado a todo el equipo.

—Doctora Winters... ¿Está...?

—Ahora mismo está estable, aunque debemos ajustar los medicamentos y...

—¿Se está muriendo? Quiero decir, ahora se está realmente muriendo, ¿verdad? —inquieta entre sollozos.

Nada en este mundo te prepara para decirle a una madre que la vida de su hija de siete años se apaga. No importan tus años de experiencia, ni lo preparada que estés mentalmente. Nada ayuda.

Tan solo la abrazo e intento susurrar algo a su oído.

—Si no hacemos el trasplante en las próximas 24 horas...

Ni siquiera puedo terminar la frase.

Vivian asiente lentamente con la cabeza y una nueva oleada de lágrimas rueda por sus mejillas. Dirige la mirada a la niña, luego a mí, a continuación de nuevo a la niña. Y cuando nuestras miradas se encuentran un minuto más tarde, un “por favor” en forma de susurro es lo único que sale de sus labios.

Capítulo 7

Alexia

—Toma, parece que lo necesitas mucho más que yo —susurra Selene, entregándome una taza de café bien cargado.

—Debería haberlo visto venir, joder —mascullo, pegando un manotazo en la mesa con el que tan solo consigo hacerme daño.

—Para ya —gruñe—. No puedes predecirlo todo.

—Eso es justo lo que se supone que debo hacer, ¿no? —protesto—. Es mi trabajo.

—También eres humana, y la última vez que lo comprobé, eso no era ningún crimen, ¿lo sabes?

De pronto, desvía la mirada hacia la fotografía que tengo junto al ordenador y se me hiela la sangre.

—¿Eres tú de niña? —inquire, señalando con la barbilla hacia el marco.

—Con mi mejor amiga del colegio. Tú no eres la única que ha perdido justo antes de la Navidad a alguien que querías —murmuro.

—¿Qué le ocurrió?

—Leucemia mieloide aguda. El tratamiento funcionó al principio, pero es muy agresiva. Murió el día 25 de diciembre. Los médicos le decían a su familia que estaban haciendo todo lo posible, pero aún hoy, recuerdo que en sus ojos podía ver su falta de esperanza.

—Tuvo que ser muy jodido —suspira Selene.

—Ya sabes lo que se siente, no te voy a recordar que en esos momentos deseas morirte tú también. Mi madre era una doctora de prestigio. ¿Sabes lo que me dijo tras el funeral de mi amiga?

—Ni idea —suspira.

—Me dijo que lo tomase como una lección de lo importante que es mantener la distancia emocional con los pacientes. Tenía doce años, joder, y mi madre convirtió la muerte de mi mejor amiga en una lección de cómo ser mejor médico en el futuro —me quejo, desviando la mirada para que no vea que mis ojos se han llenado de lágrimas.

—¡Guau!

—Dolió, pero supongo que, en el fondo, mi madre tenía razón. Encariñarse con una de tus pacientes tan solo lo hace mucho más difícil cuando...

—¿Cuándo qué? —interrumpe Selene—. ¿Cuándo tienes que luchar aún más fuerte por ella? Porque eso es exactamente lo que Holly necesita que hagas ahora mismo.

—Supongo que sí —admito con un suspiro.

—¿Nos vamos a Burlington a por ese corazón?

—Nos vamos —repito, asintiendo lentamente con la cabeza.

Los motores del helicóptero comienzan a rugir cuando recibo la llamada que estaba esperando de la administración del hospital.

—Buenos días, Safira, ¿tienes ya la autorización?

—No te escucho bien. ¿Estás subida en el helicóptero? —pregunta confusa.

—Sí.

—Pues ya puedes ir bajando.
—¿Qué? ¿Te has vuelto loca?
—Imposible, doctora Winters. Debo implementar el protocolo de emergencia y suspender todos los vuelos hasta nuevo aviso debido a la tormenta. Es demasiado peligroso — responde con sequedad.
—¿No debo ser yo quien juzgue si es demasiado peligroso? ¿O la piloto del helicóptero? Al fin y al cabo, somos las que estaremos volando.
—Solo recibo órdenes, Alexia —se disculpa.
—Safira, por favor. Tenemos un corazón esperando en Vermont. Es la única opción de salvar a una de mis pacientes. Esa niña morirá —suplico sin saber qué decir.
—Ojalá pudiese decirte otra cosa. Solo estoy aplicando el protocolo. Lo siento mucho, Alexia —repite bajando el tono de voz antes de colgar la llamada.
Me llevo las manos a la cabeza, quitándome los cascos antes de tirarlos al suelo.
—No me lo puedo creer, joder.
—¿Para qué coño has pedido autorización? —protesta Selene.
—Tenía que hacerlo.
—¿Qué vamos a hacer ahora? Por mí, ya les pueden dar mucho por el culo a esos protocolos. Podemos salir ahora mismo y...
—Apaga el motor. Debo intentar convencerles —indico con un gesto de disculpa.

Selene

—¿Es cierto que hay un corazón para Holly? —pregunta la madre de la niña cuando regresamos al hospital.
—Lo hay. En Vermont —asiento.
—¿Salvaría su vida?
—Yo no soy médico, Vivian, pero parece que es su única oportunidad —expongo, abriendo las manos en señal de disculpa.
—¿Irás a por él?
—El hospital no autoriza el vuelo —reconozco, rompiéndome por dentro al escuchar mis propias palabras—. Es por la tormenta, las condiciones de visibilidad son malas y los vientos...
—Selene —suspira, cogiendo mis manos entre las suyas mientras sus ojos se llenan de lágrimas—. Esa niña es todo lo que tengo. Sin ella, no quiero seguir adelante con mi vida. Por favor —suplica, y creo que si tengo que secuestrar a la doctora Winters para llevarla hasta Vermont, estoy más que dispuesta a hacerlo.
Camino a grandes zancadas hasta su despacho y al abrir la puerta de golpe, me la encuentro mirando un mapa meteorológico en la pantalla del ordenador.
—La aproximación por el norte sería un suicidio —murmura, sin levantar la vista—. Pero si giramos por el este...
—¿Eso es que vas a venir?
—He pedido una nueva autorización, mientras tanto, estoy considerando todas las posibilidades. Los patrones de viento de la tormenta indican que...
—No tenemos tiempo para patrones de viento ni mierdas de esas —protesto, alzando la voz mucho más de lo que sería conveniente en un hospital.
Y justo cuando le voy a volver a gritar, la puerta se abre de nuevo y ambas nos giramos al ver entrar a la doctora Arya Kumari.
—¿Por qué coño seguís aquí, capullas? —pregunta confusa, clavándonos sus enormes

ojos negros.

—Nos han denegado el permiso de vuelo. Por el protocolo y...

—Ya le pueden dar mucho por el culo al protocolo, Alexia. Si no te montas en ese jodido helicóptero ocuparé yo tu lugar, pero vete a por ese corazón de una vez —chilla, golpeando en el pecho de la doctora Winters con el dedo índice.

—Pero, si nos descubren...

—Joder, Alexia, diré que me pediste permiso para irte a casa por una emergencia y se te calló el móvil en un charco, por eso no estás disponible. En cuanto al helicóptero, nadie va a subir al helipuerto con toda la nieve que está cayendo a ver si ese jodido trasto sigue ahí fuera. ¡Fu, fu! Ya podéis ir acelerando las dos a por ese corazón —ordena, señalando hacia la puerta.

De pronto, las luces parpadean y se apagan. Los generadores de emergencia zumban y cobran vida, tiñendo momentáneamente todo de un rojo inquietante. Instintivamente, me coloco a centímetros de Alexia, como si de algún modo pretendiese protegerla de un ataque. Lo suficientemente cerca, como para oler su perfume.

—¡Me cago en todo, joder! —ríe Arya—. ¡Es el jodido universo que os envía una señal para que os marchéis de aquí, capullas!

—¡Vámonos! —insisto—. Ahora todo el mundo está demasiado ocupado con el apagón. Nadie lo notará.

—Arya, te juro que si morimos...

—Sí, sí, esa es la actitud, doctora Winters —bromea Arya, aplaudiendo—. Ahora mueve el culo antes de que alguien de la administración se dé cuenta de lo que está pasando. Y, por favor, Selene, procura que el helicóptero no se caiga, no quiero que regrese el tipo feo ese que venía hace un año con los órganos, el de la barriga grande. Tú nos alegras la vista mucho más —añade con un guiño de ojo.

Capítulo 8

Alexia

La primera sacudida del helicóptero al despegar me deja sin aliento. Aprieto entre los dedos mi bolígrafo de la suerte, aferrándome con la otra mano al asiento hasta que mis nudillos se ponen blancos por la presión. Desde aquí arriba, Manhattan parece una de esas bolas de cristal navideñas que alguien con muy mala leche ha sacudido con demasiada fuerza. Sus familiares calles y avenidas han desaparecido bajo un manto blanco.

—¿Todo bien por ahí, doctora Winters? —La voz de Selene llega firme a través de los auriculares, a pesar del viento que nos golpea—. Es que parece que intentas fusionarte con el asiento. ¿No te fías de mí o tienes miedo a las alturas? —Bromea, dejando escapar una pequeña carcajada.

—Estoy perfectamente —respondo algo seca.

—Ya, claro —lo dice con esa media sonrisa que me pone tan nerviosa—. Por eso aprietas ese bolígrafo en tu mano derecha como si fuese el último salvavidas del Titanic.

Una ráfaga de viento particularmente violenta sacude el helicóptero y mascullo una maldición. El Empire State Building aparece y desaparece entre la ventisca como si fuese un fantasma urbano.

—Cuando dijiste que habías volado en peores condiciones —mascullo entre dientes—, no pensé que significaba recrear escenas de películas apocalípticas.

—Esto no es nada. Deberías intentar volar mientras te disparan... ¡Mierda, joder! —se interrumpe, maldiciendo al ver que caemos varios metros en una corriente de aire—. Aunque, bueno, quizá esto se está poniendo interesante.

—¿Interesante? ¿Así llamas a la muerte inminente?

—Oye, eres tú la que estuvo esperando ese jodido permiso para despegar. Ese que al final ni siquiera nos dieron. ¡Mierda! —Selene tira de los controles y viramos de manera brusca en el aire para evitar una pared de nieve particularmente densa—. Escucha, necesito que vigiles los instrumentos de tu lado del panel. El hielo se está acumulando algo más rápido de lo que esperaba. ¿Podrás hacerlo?

—¿Qué tengo que hacer?

—¿Ves el indicador a tu derecha? Si llega a la zona roja, tenemos problemas —explica.

—¿Cuál de ellos? Porque ya hay varios que están muy cerca del rojo —chillo a través de los auriculares.

—El tercero por la izquierda.

—Está a un paso de llegar al rojo. ¿Eso es malo? Joder, Selene, apenas puedo ver los rascacielos, ¿cómo puedes mantener este trasto en el aire?

—Del mismo modo que tú puedes hacer una operación a corazón abierto, con años de experiencia —explica sin inmutarse—. Ahora, necesito que me ayudes con otra cosa. Activa el segundo interruptor de arriba, el que pone sistema antihielo. Hazlo con tu mano derecha, no vayamos a tentar a la mala suerte —ironiza.

—¿Te has fijado en eso?

—¿En que aprietas constantemente tu bolígrafo solo con la mano derecha? Es difícil no fijarse —explica.

Prefiero no contarle que no es un bolígrafo cualquiera, sino uno que me acompaña desde que era una niña y al que atribuyo buena suerte, aunque ni siquiera sé si sigue escribiendo. De todos modos, otra violenta sacudida interrumpe cualquier tipo de respuesta.

—Vale, el indicador se ha puesto rojo del todo —anuncio.

—¡Qué mierda! Vamos a tener que ganar altura para evitar tanta nieve. Escucha, hará más frío y no tengo oxígeno suplementario. Si te mareas, tienes que decírmelo cuanto antes —indica, y escuchar la parte del oxígeno no me ha hecho ninguna gracia.

El resto de su frase se pierde entre el aullido del viento mientras nos elevamos atravesando la tormenta. Mi estómago da un vuelco al ascender y cierro los ojos, aferrándome al bolígrafo como si fuese un talismán. Cuando los abro de nuevo, estamos bajo un sol brillante, con un mar de nubes grises por debajo que no permiten ver nada.

—¿Mejor? —inquiere Selene, y me doy cuenta de que he estado conteniendo la respiración.

—Define "mejor" porque no lo tengo muy claro. ¿Cómo puedes orientarte ahora? ¿Cuánto tiempo podemos quedarnos aquí arriba?

—No el suficiente —tercia, revisando algo en sus instrumentos de vuelo—. Tendremos que bajar en cuanto te empieces a marear o si se forma hielo en las palas del rotor. Pero, oye, —me clava la mirada y sus ojos azules brillan con una intensidad que me deja sin aliento—, al menos aquí arriba podemos fingir que no estamos volando sin permiso.

—Algo es algo —suspiro—. ¿Crees que la sensación de euforia que tengo ahora mismo puede deberse a la falta de oxígeno o será el subidón de adrenalina por volar tan alto?

—Si te mareas o te duele mucho la cabeza, avísame —es la única respuesta que recibo y solo espero que ella no sienta la misma sensación de euforia que le haga cometer alguna imprudencia.

—Ese indicador sigue en rojo —advierdo diez minutos más tarde.

—¿Le diste al interruptor antihielo?

—Sí.

—¡Mierda! Tenemos que bajar —indica y el helicóptero se inclina hacia abajo casi como si estuviésemos en una montaña rusa.

A través del cristal, el mundo desaparece tras una cortina blanca, fuertes vientos nos golpean desde todas las direcciones, y las copas de los árboles empiezan a pasar demasiado cerca de nosotras para mi gusto.

—Burlington, aquí Vuelo Vital número 7 —la voz de Selene crepita por la radio, firme a pesar del caos—. Necesitamos hacer un aterrizaje de emergencia. ¿Puede esperar el corazón?

Aprieto la mano con fuerza al escuchar sus palabras, sintiendo cómo las uñas se clavan en mi piel.

—Vuelo Vital 7, mantenemos al donante estable con soporte vital. Podemos retrasar la extracción hasta cuatro horas máximo. Después de eso debemos asignar el corazón a otro centro.

—Entendido —interrumpe Selene—. Doctora Winters, necesito tu evaluación médica.

—Si mantienen al donante con soporte vital, no veo ningún problema, pero que no extraigan el corazón hasta que lleguemos —solicito, calculando en mi mente estadísticas de supervivencia y degeneración de los tejidos.

—¿Ves aquel claro de allí? Vamos a aterrizar, te guste o no. No podemos seguir volando en estas condiciones, tenemos hielo tanto en el carburador como en las palas del rotor —

anuncia, señalando con el dedo índice un claro en el medio de una montaña.

Antes de que quiera protestar, el helicóptero se precipita hacia abajo y me sorprende a mí misma recitando en voz baja procedimientos quirúrgicos para borrar de mi mente el suelo que se acerca peligrosamente a nosotras.

—¡Agárrate! —grita y pronto la aeronave patina sobre el hielo, causando un ruido aterrador hasta que finalmente se detiene.

—¡Joder! —suspiro.

—Seguimos vivas, ya puedes dejar de apretar ese pobre bolígrafo —ironiza, soltando el arnés de cuatro puntos antes de bajar a tierra.

—Lo poco que pude abrir los ojos mientras bajábamos, vi una cabaña justo tras esos árboles —expongo, bajando yo también mientras subo el cuello del abrigo.

Una vieja estación de guardabosques emerge como una sombra oscura contra la nieve en cuanto nos acercamos. La puerta chirría al abrirla y dentro huele a polvo y abandono.

—Hay una chimenea y algo de leña seca —anuncia, señalando con el dedo—. ¡Quítate el abrigo y cualquier prenda de ropa mojada antes de que te congeles!

—El donante...

—Seguiré ahí dentro de tres horas —interrumpe Selene, encendiendo un fuego—. Pero no le serviremos de nada a Holly si morimos de hipotermia o nos estrellamos contra la montaña.

Las llamas prenden rápidamente, enviando una oleada de calor que mi cuerpo agradece de inmediato. Selene se sienta justo en frente, se ha quitado el abrigo y los pantalones y frota las manos para entrar en calor.

—Ven aquí —susurra, envolviendo una vieja manta por encima de nuestros hombros cuando me siento junto a ella—. El calor corporal funciona mejor que el fuego. Eso es ciencia pura, doctora Winters —agrega, guiñando un ojo cuando mi pierna desnuda roza la suya.

Y lo curioso es que, acurrucada junto a ella, ambas sin pantalones bajo una manta viejísima, en una cabaña aún más vieja, me siento extrañamente bien.

—Me estás mirando fijamente —bromea.

—Estoy observando. Es lo que hacen los médicos —me defiendo.

—¿Y qué te dicen tus observaciones, doctora? —Ahora sí me mira, y la intensidad en sus ojos azules consigue que se me corte la respiración.

—Que eres algo imprudente. Y posiblemente estás loca.

—Dice la mujer que acaba de volar hacia una tormenta de nieve conmigo, sin permisos ni nada. ¿Sabes qué observo yo? Que quizás la reina de hielo no es tan fría como todos se piensan.

Antes de que pueda responder, se gira para acunar mi rostro con su mano derecha, acariciando mi mejilla con el pulgar y el bolígrafo de la suerte se me escapa de las manos.

—Selene...

—Dime que pare —susurra, pero en lugar de eso me inclino hacia su caricia.

El beso es suave, lento, perfecto. Roza sus labios con los míos con una sensualidad infinita y, cuando la punta de su lengua encuentra la mía, todo mi cuerpo tiembla.

—¿Por qué te hiciste piloto de helicópteros? —interrumpo sin saber muy bien por qué, rompiendo la magia.

—Empecé a volar en el ejército, pero ahora, cada vez que entrego un órgano, cada paciente que consigue una segunda oportunidad para continuar con su vida... —se detiene,

haciendo una pausa para tragar saliva—. Es como si viese a mi hermana en ellos —agrega con un suspiro.

Me acurruco de nuevo contra su cuerpo. Un tronco cruje en la chimenea, enviando chispas hacia arriba. Fuera, la tormenta no amaina, el viento aúlla, moviendo con fuerza las copas de los árboles que nos rodean. Pero aquí, envuelta en una manta junto a la chimenea, abrazada a Selene, algo de mí comienza a derretirse.

Capítulo 9

Alexia

El paisaje nevado presenta una luz extraña mientras observo a Selene limpiar los rotores cubiertos de hielo con la determinación de alguien que ha librado mil batallas.

—Esto sería más fácil con equipo antihielo adecuado —gruñe, estirándose de puntillas para alcanzar un trozo de hielo particularmente obstinado que se niega a caer—. Pero, bueno, supongo que tendremos que trabajar con lo que tenemos. ¿Cómo lo llevas por ahí dentro?

—Tan bien como cabría esperar. Al fin y al cabo estoy usando una herramienta gastada que fue diseñada para quitar la nieve del parabrisas de un coche —me quejo mientras limpio más escarcha del panel de control—. ¿Estás segura de que esto funcionará?

—No, pero tampoco estaba segura de volar hacia una ventisca, y aquí estamos, todavía vivitas y coleando —bromea dibujando en sus labios esa sonrisa que de algún modo consigue que mi estómago dé volteretas—. ¿Lista para intentar arrancarlo?

El motor tose antes de cobrar vida, empieza a zumbear lentamente en el aire fresco de la tarde y observo cómo el hielo se va derritiendo en las tomas de aire.

Ya en vuelo, escucho a través de la estática de la radio cómo la voz de Selene cambia a su tono profesional de piloto: nítido, claro y completamente diferente de la mujer que me tomaba el pelo hace tan solo unos minutos.

—Hospital General de Burlington, aquí Vuelo Vital 7. Estamos en el aire y las condiciones climáticas han mejorado de manera significativa. Tiempo estimado de llegada aproximadamente una hora. Posiblemente menos.

La respuesta crepita a través de nuestros auriculares.

—Recibido, Vuelo Vital 7. Les informamos que tenemos una situación aquí que la doctora Winters debería conocer.

Me tenso de manera instintiva al escuchar esas palabras. Sé por experiencia que en un hospital el término “situación” rara vez va seguido de buenas noticias.

—Adelante, Burlington —respondo en mi micrófono, apretando con más fuerza mi bolígrafo de la suerte.

—Nuestro cirujano cardíaco, el doctor Matthews, está atrapado en su residencia por culpa de la nieve. Las carreteras están completamente intransitables desde la zona en la que vive y las máquinas quita nieve tardarán en llegar. Hemos mantenido al donante con soporte vital, pero necesitaremos que sea usted quien realice la extracción, doctora Winters.

—Entendido. Que su equipo se prepare para una extracción inmediata a nuestra llegada. Necesitaré...

—El equipo cardíaco completo está en espera —interrumpen—. El quirófano 3 está siendo preparado según sus especificaciones. El doctor Matthews envió su lista de equipamiento que, al parecer, discutieron en su última llamada.

—Al menos alguien es eficiente —murmuro, olvidando que mi micrófono sigue encendido.

Selene se ríe a mi lado.

—Eso es un gran elogio viniendo de ti. ¿Debería estar celosa del doctor Matthews?

—Tiene sesenta y cuatro años y colecciona gatos de cerámica —respondo poniendo los ojos en blanco—. Pero sabe cómo preparar un quirófano.

—Vuelo Vital 7 —la radio crepita de nuevo—, les informamos que mantendremos al donante estable, pero necesitaremos proceder dentro de las tres horas posteriores a su llegada.

—Entendido —responde Selene—. La doctora Winters estará preparada. Vuelo Vital 7, cambio y fuera.

Tras cerrar la llamada, se gira ligeramente hacia mí con una sonrisa.

—¿Estás planificando la extracción mientras volamos? Eso que haces con las cejas normalmente significa que estás realizando mentalmente una cirugía.

—Yo no hago nada con las cejas —me quejo.

—Sí que lo haces, y me parece adorable —insiste—. No te lo demuestro por si nos estrellamos.

—Sí, mejor te limitas a pilotar el helicóptero —bufo, aunque la sonrisa en mis labios me delata.

—La reina de hielo salvando la Navidad. Es como en una película de esas de Hallmark —ironiza.

—Eres gilipollas. Si vuelves a llamarme así, me vuelvo caminando a Manhattan.

—¿Sabes? No eres en absoluto como lo que dice la gente de ti —suspira sin desviar la mirada.

—No me conoces tan bien.

—Conozco de ti lo suficiente —replica, estirando la mano para coger la mía—. Sé que has arriesgado la vida, que estás a punto de realizar una cirugía muy complicada tras pasar varias horas en una cabaña helada para salvar a una niña de siete años que sin tu ayuda no podrá sobrevivir a estas Navidades. Yo diría que eso dice mucho de ti.

El quirófano del Hospital de Burlington se siente de algún modo diferente a mi dominio habitual, prefiero trabajar con un equipo médico que me conoce bien, pero un corazón es un corazón, y no hay tiempo que perder.

—Bisturí —solicito, y el instrumento se desliza en mi mano derecha. Siempre la derecha. Algunos hábitos no cambian, ni siquiera en territorio desconocido.

A través de la ventana de observación sobre el quirófano, vislumbro a Selene. Está de pie con los brazos cruzados, observando con atención. Nuestras miradas se cruzan durante un brevísimo instante, y de alguna manera, saber que está ahí me reconforta, aunque sepa que en esto no puede ayudarme.

—Comenzando incisión primaria —anuncio a la sala de operaciones—. ¿Estado del donante?

—Todos los signos vitales estables, doctora. Hemos mantenido la perfusión óptima.

El procedimiento se desarrolla con normalidad, sin ningún tipo de complicaciones. El corazón del donante parece perfecto: joven, fuerte, sano. Y pienso en lo extraño que es el destino. Este pobre niño encontró la muerte en un terrible accidente de tráfico y, en cambio, sus órganos darán una nueva oportunidad a otros niños a los que ni siquiera conoció nunca.

—Doctora Winters —interviene una enfermera—, me indican que está empezando a nevar ligeramente otra vez.

—Eso no es relevante para el procedimiento quirúrgico —respondo con voz firme, aunque se me forma un nudo en el estómago—. Pinza, por favor.

Desde arriba, escucho la voz de Selene a través del intercomunicador. Le dije que no se le ocurriese hablar durante la extracción, pero de igual modo, agradezco sus palabras.

—No te preocupes por el clima. Ese es mi trabajo. Tú solo prepara ese corazón para Holly.

—No recuerdo haber pedido comentarios desde la sala de observación —bromeo.

—Puedes considerarlo como un servicio extra, igual que el entretenimiento a bordo del helicóptero con aterrizaje forzoso incluido —ironiza y no puedo evitar poner los ojos en blanco de manera dramática.

El equipo del quirófano se ríe, y me sorprende al darme cuenta de que la tensión en la sala ha disminuido.

—Separando las conexiones finales ahora —anuncio—. Preparen la solución de preservación.

El corazón se libera de manera perfecta. Lo coloco con cuidado en el contenedor de transporte, verificando cada paso con precaución. No hay espacio para errores, no cuando la vida de una niña depende de ello.

—¿Tiempo? —pregunto, quitándome los guantes.

—Dos horas y diecisiete minutos desde la llegada, doctora. Tiempo de isquemia fría unas cuatro horas.

—Excelente. Vámonos.

Salgo del quirófano y encuentro a Selene esperando, ya equipada para el vuelo.

—Ojalá mi hermana hubiese tenido a una doctora como tú —suspira, comprobando el helicóptero antes de iniciar el vuelo.

—Selene...

—No, está bien. Solo quiero decir... Vamos. Llevemos ese corazón donde necesita estar —corta, señalando con el dedo el contenedor.

Los rotores cobran vida de nuevo y nos elevamos hacia unos nubarrones negros que no presagian nada bueno. Ahora ya no hay plan B, todo debe salir bien. No podemos desviarnos, no podemos hacer una parada de emergencia para capear la tormenta. Llevamos con nosotras una carga preciosa y algo más: llevamos esperanza para Holly.

Capítulo 10

Selene

El helipuerto del hospital Watson Memorial emerge ante nosotras casi de la nada y nunca he estado más agradecida por tomar tierra.

—Watson Memorial, aquí vuelo vital 7 —anuncio por radio mientras Alexia informa al equipo de trasplante para que se preparen—. Iniciando aproximación final. Condiciones de visibilidad severamente limitadas.

—Recibido vuelo vital 7. El doctor Clarkson y su equipo están listos para asistir a la doctora Winters en cuanto aterricen. Proceda con cuidado.

Lucho por mantener el control mientras descendo, con ráfagas de viento y nieve golpeándonos de manera constante, hasta que vislumbro una serie de figuras corriendo hacia el helipuerto, encorvados contra la tormenta.

—No es muy diferente de aterrizar en medio de una tormenta de arena —murmuro más para mí misma que para Alexia, que se agarra nerviosa al asiento—. Excepto que hace más frío y que espero disfrutar de un buen café en cuanto tomemos tierra.

—No hables y concéntrate en aterrizar cuanto antes, por favor —masculla nerviosa.

Los patines tocan tierra con un golpe más suave de lo que esperaba, teniendo en cuenta las condiciones. En cuanto los rotores comienzan a perder velocidad, el equipo de trasplantes se acerca a nosotras. Alexia se desabrocha el arnés en un abrir y cerrar de ojos y es como si se transformase de inmediato de pasajera aterrada a cirujana que rezuma confianza por cada poro de su piel.

—¡Cuidado con ese contenedor, por el amor del cielo! —grita cuando le pasa la preciada carga a un miembro del equipo de trasplantes.

Y, antes de que pueda bajar del helicóptero, ya han desaparecido de mi vista.

—Salvará a mi niña, ¿verdad? —susurra Vivian a mi lado ya en la habitación de Holly.

—Si alguien puede hacerlo, esa es la doctora Winters —le aseguro, asintiendo lentamente con la cabeza—. Tardarán como mínimo cuatro horas, ¿qué te parece si te invito a un café? Yo necesito uno—propongo.

—Cuéntame cómo fue todo, por favor. Necesito... necesito algo en qué concentrarme o me volveré loca con esta espera —ruega la madre de la niña en la cafetería del hospital, apretando la taza de café hirviendo como si pretendiese romperla.

Doy un largo sorbo a mi bebida y hago una pausa. ¿Cómo le dices a una madre aterrada que casi te estrellas mientras transportabas la única posibilidad que tiene su hija para sobrevivir?

—El viaje de ida y vuelta fue toda una aventura —reconozco, encogiéndome de hombros y tratando de quitarle importancia—. Al menos, las palomas mutantes que viven en Central Park no nos atacaron esta vez.

—Holly adora esas historias que le cuentas —suspira, tratando de forzar una sonrisa.

—Bueno, que fue toda una aventura es cierto —admito—. Lo importante es que tu hija tiene a una gran cirujana haciendo todo lo posible para que esté muchos años con nosotras. Además, yo le he prometido que pilotará un rato mi helicóptero y siempre cumplo mis

promesas.

—Te importa, ¿verdad?

—¿Holly? Claro que sí, es un encanto de niña. La adoro.

—No, la doctora Winters. Veo cómo la miras —corrige.

—Puf... yo... es complicado, supongo.

—No hay nada complicado en la forma en que ella también te mira a ti. Sobre todo cuando cree que nadie la está observando —añade con un guiño de ojo.

Antes de que pueda responder, la puerta de la cafetería se abre de golpe y Safira Garzia, entra con cara de muy pocos amigos. Tras ella, corre Arya, haciendo gestos con la mano, como diciendo que me vaya preparando para una buena bronca.

—¿Me quieres explicar cómo es que de repente tenemos un corazón para Holly Thompson? Creo recordar que todos los vuelos estaban suspendidos por las condiciones climáticas? —exige alzando la voz y llamando la atención de un grupo de enfermeras de la mesa de al lado, que dejan sus tazas de café para observarnos.

—Seguro que fueron los duendes navideños del Watson Memorial —corta Arya, sentándose a mi lado—. Ya sabes cómo se ponen en esta época del año, todos alterados por comer demasiados bastones de caramelo. Probablemente secuestraron el trineo de Santa Claus para irse a Vermont o algo así.

Por unos instantes, Safira mira a Arya sin saber qué decir. Abre la boca un par de veces sin que las palabras salgan de su garganta.

—Doctora Kumari, esto no es ninguna broma. Tenemos unos protocolos que...

—¿Quién ha dicho que estaba bromeando? —se defiende—. Hablo totalmente en serio. Yo no he visto ningún helicóptero despegar ni aterrizar. ¿Tú lo has visto? Solo te basas en una llamada al equipo de emergencias que pudo haber hecho cualquiera, pero no has estado en el helipuerto. En cambio... esos duendes... han estado decorando el ala de pediatría y estoy casi segura de que uno de ellos se comió la mitad de mi sándwich ayer por la tarde.

—No hay ninguna autorización de despegue ni de aterrizaje para el helicóptero —continúa Safira, ignorando los comentarios de Arya—. Sin embargo, la doctora Winters está ahora mismo en el quirófano 3 realizando un trasplante de corazón y...

—¡Magia! —interrumpe Arya de nuevo—. Magia navideña. Muy potente.

—Fue mi decisión —corto, bajando la voz hasta convertirla casi en un susurro—. Realicé el vuelo sin autorización. La doctora Winters no ha tenido nada que ver con esto.

—Excepto, ya sabes, por estar en el helicóptero —señala Arya—. A menos que fuese un elfo disfrazado de doctora.

—¡Vale ya, doctora Kumari! —gruñe Safira.

—La responsabilidad es tan solo mía —insisto, cortando la conversación antes de que se enfade más todavía—. Yo tomé la decisión, yo me llevé el helicóptero sin autorización, arriesgando la vida de la doctora Winters y un equipo muy valioso. Yo me salté los protocolos, así que si tienen que despedir a alguien o presentar cargos o lo que sea que esté pensando, yo soy la culpable.

—Es algo que deberá discutir la junta, pero es muy probable que como mínimo pierdas tu trabajo y tu licencia de piloto de helicópteros. Un vuelo no autorizado en condiciones peligrosas, violación de las regulaciones de la FAA, has robado una aeronave durante horas... Sin mencionar que has puesto en peligro la vida de una doctora.

—Técnicamente, la doctora Winters pone en peligro su vida cada vez que intenta hacer algo sencillo como preparar un café. Esa mujer no debería acercarse a los aparatos eléctricos

—interrumpe Arya, echando el cuerpo hacia atrás y balanceándose sobre las dos patas traseras de la silla.

—Te repito que esto no es ninguna broma.

—¿En serio? Yo pensaba que sí, porque entonces encuentro extrañamente jodido que te importe más un protocolo de mierda o el precio de un helicóptero que salvar la vida de una niña de siete años. Creo que el hospital debería replantearse sus prioridades —espeta, dejando a Safira sin palabras.

Me pongo en pie y me acerco a la administradora. Después de haber hecho dos misiones en Afganistán, no voy a dejar que me intimide una burócrata cabreada.

—Si quieres despedirme o hacer que me quiten la licencia, adelante —indico, inclinándome hacia ella—. Me importa una mierda. ¿Y sabes por qué? Porque hay una niña de siete años en un quirófano que vivirá gracias a que algunas personas decidimos actuar en vez de escondernos detrás de esos jodidos protocolos.

—Los protocolos están para proteger a la gente —masculla.

—Ya, claro. Están para proteger la cuenta bancaria del hospital. ¿Cuánto cobrará el departamento legal para explicar a la prensa que preferimos dejar morir a una niña de siete años antes de arriesgarnos a perder un helicóptero?

—Doctora Kumari, una palabra más y...

—Oh, tengo muchas palabras más. ¿O quizá quieres que te haga un jodido dibujo?

—Todo esto será discutido en la junta. Tanto el vuelo no autorizado como la participación de la doctora Winters —zanja, poniéndose en pie.

—Ya te han dicho que la doctora Winters no hizo nada, capulla —protesta Arya.

—Es un asunto muy serio.

—¿Sabes lo que es serio? Decirle a la madre de la niña, que está justo aquí escuchándote, que su hija murió porque no nos dio la gana de hacer nada. Porque, claro, estábamos muy ocupados siguiendo nuestra mierda de protocolos, que tenemos tantos que es imposible sabérselos todos. Así que en vez de amenazar a las personas que salvaron su vida, ¿qué tal si vas a cambiar los papeles de un lugar a otro o lo que sea que hagas durante todo el puto día? —gruñe Arya, alzando la voz mientras Safira ya se aleja de nosotras y ganándose el aplauso de las enfermeras de la mesa de al lado.

—Lo peor es que como jefa de cirugía te tocará a ti hacer el informe —le recuerdo.

—Pues pienso poner que los elfos entregaron el corazón. Queridos miembros estirados de la junta, la magia de la Navidad es real, se ha salvado la vida de Holly Thompson y pueden besarme el culo si no se han cumplido los protocolos.

—Gracias por echarme una mano. Te debo una —indico, dándole un pequeño golpe en el hombro.

—Provocar a Safira es mi pasatiempo favorito en este hospital. Casi tanto como meterme con Alexia y decirle que te desnuda con la mirada cada vez que te ve.

Mi respuesta se interrumpe por la llegada de una enfermera de cirugía, con la respiración ligeramente acelerada.

—La doctora Winters está comenzando a cerrar ahora. Todo ha salido bien hasta el momento —anuncia y Vivian rompe a llorar al escuchar sus palabras.

—Es la magia de la Navidad. No podía salir mal —nos recuerda Arya con un guiño de ojo.

Capítulo 11

Alexia

—El nuevo corazón de Holly late con fuerza, a un ritmo perfecto, cuando aplico la última sutura.

Cualquier operación a corazón abierto es siempre algo especial. Si se realiza en un niño, mucho más. Pero, salvar una vida en Navidad, reconozco que tiene un componente mágico, como ser parte de un milagro que la ciencia puede explicar, pero no capturar su significado por completo.

—Presión arterial estable. Frecuencia cardíaca óptima —anuncia Miguel—. Lo conseguiste, Alexia. Enhorabuena.

—Lo conseguimos. Muchas gracias, equipo —corrijo.

Me quito los guantes y la bata quirúrgica y cuando empujo las puertas de salida, Selene me está esperando, pero hay algo extraño en su rostro.

—Todo ha salido bien —suspiro y antes de que quiera darme cuenta, me encuentro entre sus brazos en un abrazo perfecto.

—Sabía que lo conseguirías. Eres increíble, aunque quizá tengamos que dar algunas explicaciones sobre cómo hemos traído ese corazón —añade.

De camino a los vestuarios, me pone al tanto de su enfrentamiento con Safira y cómo asumió toda la responsabilidad por nuestro vuelo no autorizado.

—No deberías haberlo hecho —protesto, aunque Selene coloca dos de sus dedos sobre mis labios para silenciarme.

—Lo haría un millón de veces, sin importarme en absoluto las consecuencias —replica—. Ahora, vamos, necesitas limpiarte. Hueles a cirugía.

El vestuario está vacío cuando entramos y Selene se sienta en uno de los bancos de manera distraída.

—Puedes esperarme en la cafetería, si lo prefieres. Estaré allí en quince minutos —propongo.

—Si de verdad quieres que me vaya, lo haré, pero preferiría no perderme el espectáculo —bromea, mordiendo su labio inferior mientras me quito la ropa.

El agua caliente de la ducha hace maravillas al caer sobre los músculos de mi espalda, pero de algún modo, se siente raro saber que Selene está justo ahí, frente a mí mientras me ducho, aunque no pueda ver nada a través de la puerta de madera.

—Deja que te ayude —propone, envolviéndome en una toalla y besando mi frente en cuanto salgo de la ducha.

A continuación, se coloca detrás de mí y seca con suavidad mi espalda y mis hombros, dejando rastros de pasión en los lugares en los que sus dedos rozan mi piel.

—Selene... —mi voz tiembla cuando seca mis pechos.

—Deja que te cuide —susurra junto a mi oído mientras inclino la cabeza hacia atrás y sus manos descienden aún más.

La toalla cae olvidada al suelo, reemplazada por sus caricias, por sus dedos acunando mis pechos, deslizándose por su contorno con una suavidad infinita.

Sonríe y coge mi mano para llevarme a uno de los bancos. Me sienta sobre él con

delicadeza y se arrodilla entre mis piernas. Besa mi vientre casi con veneración, como si estuviese adorándolo al tiempo que enredo los dedos en su pelo y beso su cabeza.

A continuación, se endereza para besar mi cuello, dejando más tarde una estela de fuego en mi clavícula y en la garganta, haciéndome suspirar cuando me muerde con suavidad la barbilla. Y cuando baja hasta mis pezones, cada beso provoca un jadeo, un gemido, una súplica para que continúe.

Arqueo la espalda al sentir su lengua rodeando mi areola, girando alrededor de mis pezones endurecidos, llenando de gemidos el tranquilo vestuario.

Mueve las manos hacia abajo, trazando mis caderas con la punta de los dedos hasta llegar a los muslos y separar mis piernas aún más. Se inclina, su aliento cálido contra mi piel, y una corriente eléctrica recorre todo mi cuerpo en el momento en que siento sus labios en mi sexo. Lo lame con lentitud, como si estuviese descubriendo un tesoro secreto, presionando en los lugares justos, imprimiendo un ritmo perfecto.

Y cuando su lengua juguetea en mi clítoris, me inunda una oleada de placer que me hace temblar. Se detiene justo cuando nota que estoy a punto de alcanzar el orgasmo, se separa, me clava la mirada y sonríe.

Y me mata de desesperación.

—No pares —protesto, empujando su cabeza contra mi sexo.

Regresa a mi clítoris, lo lame lentamente, a continuación rápido, cambia de ritmo de nuevo, me hace gritar de placer y, demasiado pronto, me regala un orgasmo que rompe con la fuerza de un vendaval.

Acaricia mis muslos con suavidad, besando mi pubis hasta que recupero la respiración y, a continuación, se abraza a mi cintura mientras acaricio su melena. En silencio, juntas, porque en momentos como este, las palabras no son necesarias.

—No quiero que pienses que ha sido solo por el subidón de adrenalina por la cirugía —siseo, besando su frente tras terminar de vestirme.

—Lo sé —asegura.

—Bien.

—Y no pienso dejar que vuelvas a esconderte tras esos muros que levantas —me recuerda.

—No lo haré, pero ahora debería actualizar la situación de Holly a su madre.

Con nuestros dedos entrelazados, el camino hacia el ala pediátrica se siente de algún modo diferente. Algunas enfermeras se dan la vuelta para mirarnos, pero no me alejo, no me molesto en mantener una distancia profesional. Esta es la auténtica Alexia Winters, no la reina de hielo que todos piensan que soy.

—¡Doctora! —Vivian prácticamente salta de la silla en cuanto me ve entrar.

—Todo ha salido a la perfección —le aseguro—. Por supuesto, no es un procedimiento que esté exento de complicaciones post operatorias, al menos de manera potencial, pero iremos solventando los posibles problemas según se presenten. Si es que lo hacen.

—¿Mi niña está bien? —inquieta con los ojos llenos de lágrimas.

—Está mejor que bien. La tasa de compatibilidad de ese corazón es muy alta. Ahora, debe recuperarse unos días en la UCI, pero todo hace pensar que será un éxito.

—No quiero ni pensar en la familia que ha perdido a ese niño en el accidente de tráfico, aunque gracias a ellos mi Holly puede vivir. Se lo agradeceré siempre —suspira, dejándose caer sobre la silla.

—El gesto de donar sus órganos ha salvado la vida de varios niños —añade Selene—.

Esos padres, en su dolor, han hecho algo realmente hermoso.

Fuera, en la calle, continúa nevando, pero de algún modo, ya en el hospital y con la cirugía terminada, ver caer la nieve se siente hasta bonito.

—¿Cuándo podré verla? —pregunta Vivian, secándose los ojos con la palma de la mano.

—Si todo va bien, la extubaremos mañana mismo y podría pasar la Nochevieja en su habitación, aquí en planta —le aseguro, cruzando los dedos de manera instintiva en un intento de que mis palabras se cumplan.

Pero la alegría no dura demasiado. Una enfermera nos anuncia, con el rostro descompuesto, que la junta del hospital quiere vernos a las dos de inmediato.

Dejo escapar un suspiro de resignación al despedirme de la madre de Holly. Tras el éxito de la cirugía y lo que ocurrió en el vestuario, casi se me habían olvidado las posibles consecuencias por desobedecer los protocolos del hospital.

—Pase lo que pase, estamos juntas en esto —indico, apretando la mano de Selene entre las mías antes de entrar.

—Juntas —repite, asintiendo con la cabeza—. Pase lo que pase, valió la pena —me asegura.

Suspiro al abrir la puerta, pero, para mi sorpresa, no me encuentro al pelotón de fusilamiento que me esperaba, sino una sala llena de rostros sonrientes. Incluso Safira parece contenta, algo totalmente inusual en ella.

—Nuestro equipo del milagro navideño —anuncia el presidente del consejo de administración, levantando una copa de champán en nuestra dirección.

—¿No están enfadados? —pregunta Selene, tan sorprendida como yo—. Hemos roto unos cuantos protocolos con un vuelo no autorizado y...

—Y conseguido la mejor publicidad que este hospital ha visto en décadas —añade otro de los miembros del consejo, un millonario que creo que dirige uno de los mejores despachos de abogados del país—. No sé cómo se ha enterado la prensa, pero la noticia está en todas partes.

—Una fuente anónima, al parecer —agrega Arya, encogiéndose de hombros, aunque apenas puede contener la risa.

—El caso es que se está convirtiendo en algo viral. La historia de un milagro navideño que la gente no puede dejar de seguir. Nuestro departamento de relaciones públicas está desbordado y en cuanto la niña esté fuera de peligro, debemos dar una rueda de prensa. El propio alcalde ha insistido en estar presente y decir unas palabras.

—Entonces, ¿no nos van a despedir ni nada de eso? —inquire con miedo Selene.

—¿Despedir? No, prácticamente nos quemarían el hospital si lo hacemos. En cualquier caso, con toda esta publicidad en los medios ya hemos conseguido las primeras donaciones y seguro que pronto vendrán más. Es la historia que todo el mundo quiere escuchar en Navidad. Nos hace soñar.

—¿Y la FAA? ¿Mi licencia de vuelo? —insiste Selene.

—Mirarán para otro lado —asegura el presidente del consejo—. Aunque en el futuro, podrían salvar vidas con algo menos de drama. Esta vez ha salido bien, pero podría haber sido una auténtica pesadilla —agrega, alzando sus pobladas cejas.

Mientras los miembros de la junta inician una segunda ronda de copas de champán, seguramente muy caro, apoyo la frente sobre la de Selene y en sus ojos puedo ver una mezcla de alivio y alegría.

Y mientras la beso, sin importarme que algunos nos miran de reojo, pienso en Holly,

descansando sedada en la UCI con un nuevo corazón latiendo en su pequeño cuerpo. En las lágrimas de alegría de Vivian. En cómo, a veces, los mejores regalos de Navidad son los que nunca supiste que necesitabas.

Y, por primera vez en años, me siento plenamente feliz.

Capítulo 12

Selene

—¿Me dejas que te invite a cenar? —suelto en cuanto salimos de la sala de juntas.

Siempre he sido un desastre para este tipo de cosas. Por mucho que hayamos hecho el amor y que mi corazón se salte varios latidos cada vez que esta mujer me mira, me da la impresión de que no quiere dar el siguiente paso.

No me responde. Se detiene y abre los ojos con sorpresa, su dedo pulgar congelado sobre su bolígrafo de la suerte. Casi puedo ver los engranajes en su mente mientras busca una excusa para decirme que no. En estos momentos, un simple “estoy muy cansada tras la cirugía” me bastaría.

Pillaría la indirecta.

—¿Lo dices en serio?

—Eh... sí, claro. Pero, bueno, solo si te apetece, quizá prefieres descansar y... —soy idiota, yo misma le estoy poniendo en bandeja que no acepte.

—Me encantaría —admite, bajando el tono de voz.

—¿En serio? Quiero decir, ¡genial! Conozco un pequeño lugar en Brooklyn donde preparan la mejor comida italiana fuera de Italia. Al menos, según un antiguo compañero del ejército cuya familia era de Nápoles.

—No hay que usar escaleras mecánicas, ¿verdad?

Me lo dice con la cara tan seria que tardo unos instantes en darme cuenta de que está bromeando.

—No lo juzgues hasta que pruebes la comida —le advierto al darme cuenta de que observa extrañada el pequeño restaurante, escondido entre una lavandería y una de esas tiendas abiertas las 24 horas. Las luces navideñas que han colocado alrededor de la puerta parpadean de manera errática, sin coordinación, pero le dan un encanto desordenado.

—Yo no he dicho nada. Este sitio es... —hace una pausa, quizá buscando una palabra diplomática para describirlo.

—Sé que su apariencia no está a la altura del club de campo que seguramente frecuentas los fines de semana, pero te juro que la comida es una maravilla.

—Solo iba a decir que es un lugar inesperado y rara vez voy al club de campo, solo cuando estoy con mi familia en Connecticut.

Una vez dentro, el calor es acogedor, sobre todo comparado con el frío de la calle, y el aroma a salsa de tomate, ajo y pan recién hecho consigue que se te haga la boca agua.

—¡Selene! *La mia bella pilota* —saluda Marco en cuanto me ve entrar—. ¿Y quién es la *bellissima donna* que te acompaña?

—Te presento a la doctora Alexia Winters. Es una cirujana con la que trabajo en el Watson Memorial.

Dudo por un instante si presentarla como “mi novia” o si quedaría demasiado formal, porque ni siquiera sé en qué situación nos encontramos. Marco intenta abrazarla, como hizo conmigo, solo para ser recibido con un rígido y frío apretón de manos.

—¡Ah, una *dottoressa*! Adelante, tengo la mesa perfecta. Lejos de la puerta, no queremos que la doctora se resfríe.

Nos conduce hasta un pequeño reservado en una esquina, parcialmente oculto tras una división de madera que ha cubierto de fotos antiguas del sur de Italia y deja sobre la mesa una jarra de vino que no hemos pedido.

—Dime una cosa, ¿siempre llevas ese bolígrafo o es solo para ocasiones especiales como vuelos en helicóptero no autorizados a través de una tormenta de nieve? —pregunto para romper el hielo.

—Era de mi amiga Laura. Me lo dio la Navidad en que... bueno, ya sabes. Dijo que lo necesitaría para escribir recetas cuando me convirtiese en doctora, pero lo cierto es que nunca lo he usado. Ni siquiera sé si todavía es capaz de escribir —confiesa, bajando el tono de voz con un toque de tristeza.

—Vaya, lo siento. Es bonito que lo lleves. Mi hermana Emily tenía un pequeño pingüino de peluche. Dormía con él durante sus estancias en el hospital. Me ha acompañado en cada uno de mis vuelos —admito.

Antes de que podamos seguir hablando, Marco regresa con una cesta de pan recién hecho y dos platos de escalopines Gorgonzola que huelen de maravilla.

—Para las heroínas del hospital Watson Memorial. Invita la casa —anuncia orgulloso—. Selene, si necesitas más pan para mojar la salsa, me lo dices.

—¿Y esto? ¿Cómo has sabido que...?

—¡Estáis en todos los canales de noticias! —indica, haciendo un gesto exagerado con las manos—. La valiente piloto y la brillante cirujana que volaron a través de una tormenta de nieve en Navidad para salvar la vida de una niña. Una hermosa historia —añade antes de desaparecer de vuelta a la cocina.

—Te juro que voy a matar a Arya —murmura Alexia, poniendo los ojos en blanco.

La conversación fluye de manera natural, como si nos conociésemos de toda la vida y esto comienza a parecerse cada vez más a una cita romántica.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —inquire de pronto.

—Lo acabas de hacer —bromeo, tragando precipitadamente el trozo de pan que he mojado en la salsa Gorgonzola.

—Desde hace semanas corre el rumor de que dejas Nueva York —susurra.

—¿Desde hace semanas?

—Bueno, quizá pregunté por ti alguna vez antes de que empezásemos a hablar —admite ruborizándose.

—En Boston me pagan mejor —confieso.

—¿Entonces te vas?

—Les he dicho que no, que me quedo en Nueva York.

—¿Es por el café que hacen en la cafetería del Watson Memorial?

—Y por cierta brillante doctora que hace llorar a las enfermeras, pero que salva las vidas de niñas de siete años y no les teme a las tormentas de nieve —reconozco con un guiño de ojo.

—Yo no hago llorar a las enfermeras.

—Pero sí que eres un poco estricta y a veces te tienen miedo. Bueno, muchas veces.

—Eres idiota. Me acabas de dejar sin palabras, ni siquiera sé qué decir.

—Espero que me digas que por lo menos, lo quieres intentar conmigo, porque si no, hago un mal negocio quedándome —bromeo, encogiéndome de hombros.

El beso que me regala es interrumpido de nuevo por Marco, que nos trae el famoso tiramisú de la casa, que tampoco hemos pedido, e insiste en hacerse una foto con nosotras

para el Instagram del restaurante.

Cogidas de la mano, mientras caminamos hacia su apartamento, las calles de Manhattan parecen distintas. Es extraño cómo todo parece diferente cuando vas junto a alguien que te importa.

—Es aquí —anuncia, deteniéndose frente a un edificio de piedra rojiza—. ¿Te gustaría subir a tomar una última copa?

—¿Así es cómo se dice hoy en día?

—Estás muy graciosa esta noche. Empiezas a parecerte a Arya. Pero, bueno, la verdad es que me gustaría que pasases la noche conmigo —confiesa, bajando el tono de voz y ruborizándose ligeramente.

Su apartamento es tal y como lo esperaba; meticulosamente organizado, minimalista y, sin embargo, de alguna manera cálido y acogedor. Varias revistas médicas descansan apiladas sobre la mesa del comedor y una foto enmarcada cuelga de una de las paredes. La misma que tiene en su despacho, pero más grande. Laura y ella cuando eran niñas.

—Siento si está un poco desordenado —se disculpa—. Normalmente nadie entra aquí —reconoce haciendo un gesto vago alrededor con el dedo.

—¿Desordenado? ¡Guau! Tendrías que ver mi apartamento. Ese sí que está desordenado.

Sentadas en el sofá, con los dedos entrelazados y entre besos y alguna caricia, hablamos de todo y de nada. De nuestras familias y de nuestros sueños. También de nuestros miedos. Alexia me cuenta sobre su infancia en Connecticut, sobre la presión por tener éxito, sobre la distancia emocional que convirtió en su escudo. Yo le describo cómo fue crecer en una pequeña casa de Brooklyn junto a cinco hermanos, todos ellos chicos. Sobre el dolor de perder a mi única hermana, sobre la paz que siento cuando vuelo.

A medida que la noche avanza, nuestra conversación se vuelve más íntima. Hablamos sobre las cosas que nos asustan, sobre las vulnerabilidades que tratamos de ocultar. Alexia me confiesa su miedo al fracaso, a no ser lo suficientemente buena por culpa de las inseguridades que le creó su madre desde que era una niña. Yo admito mi miedo a perder a alguien más, a no poder protegerlos. Es extraño lo fácil que es ser honesta con ella, bajar la guardia y mostrarle las partes de mí que normalmente mantengo ocultas.

Reconozco que subí a su apartamento pensando en el sexo, pero, de algún modo, esto es aún más íntimo. Y mientras nos vamos quedando dormidas, con su cabeza apoyada sobre mi pecho, empiezo a estar segura de que por fin he encontrado un lugar perfecto donde aterrizar.

Capítulo 13

Alexia

—La presión arterial está bajando peligrosamente, 85/50 —anuncia Miguel mientras realizamos la reparación de la válvula aórtica a una paciente que no es más que una niña.

—Vamos, Katie —murmuro—. Solo un poco más. Tu madre te está esperando para mostrarte la nieve.

—¿Doctora Winters? —Uno de los residentes llama mi atención, su tono de voz cargado de preocupación—. ¿Deberíamos considerar ponerla de nuevo en bypass cardio pulmonar?

—No, su corazón puede con ello. Solo necesitamos confiar un poco más —aseguro, sorprendiéndome a mí misma, ya que la confianza nunca ha sido mi fuerte.

Por suerte, la válvula se asienta y, mientras cierro las suturas, me doy cuenta de que estoy tarareando esa estúpida canción sobre palomas gigantes que Selene inventó para Holly.

—Guau, eso sí que no lo vi venir —bromea Miguel, poniendo los ojos en blanco.

—Vamos a concentrarnos en terminar de cerrar —gruño.

Para mi desgracia, cuando ya estoy casi saliendo del quirófano, una enfermera con cara de asustada me da las malas noticias.

—Doctora Winters, es Holly Thompson, le está subiendo la fiebre.

Se me forma un nudo en el estómago al escucharla. Las infecciones postoperatorias en pacientes trasplantados son especialmente peligrosas y el nuevo corazón de la niña todavía no está plenamente adaptado. Ahora que la hemos bajado a planta, es aún más peligroso.

A medio camino hacia la habitación de Holly, Selene se coloca a mi lado, no dice nada, solo saluda, pero iguala mi paso. Seguramente se ha enterado de lo que ocurre.

—Hace un par de horas estaba muy contenta —explica Vivian con preocupación—. Hablaba sin parar sobre aprender a volar con Selene y de pronto...

—No tiene por qué ser nada grave —la tranquilizo—. Un poco de fiebre puede deberse a mil cosas, pero con un corazón recién trasplantado debemos ser cautos. No veo ningún tipo de disfunción cardíaca, así que casi seguro que podemos descartar un rechazo al nuevo órgano, que sería lo más preocupante.

—Las palomas gigantes —murmura Holly, seguramente delirando por la fiebre—. Mira, llevan gorros de Santa Claus.

—Vamos a hacer un cultivo y aplicar antibióticos de amplio espectro. Quizá haya que ajustar los inmunosupresores, el micofenolato a veces provoca fiebre como efecto secundario. Eh, Vivian, no te preocupes, estará bien, ya lo verás —le aseguro, acercándome a ella para apretar su hombro.

Ya a última hora de la tarde, observo mi reflejo en el espejo del vestuario mientras sujeto mi melena en una cola de caballo. La mujer que me devuelve la mirada, parece de algún modo diferente. Todavía controlada, austera, pero hay algo que no estaba ahí hace tan solo unos días.

Y entonces lo recuerdo. El turno de Nochevieja. Durante los últimos doce años me he ofrecido siempre voluntaria para trabajar esa noche. Mientras todos celebran la llegada del nuevo año, yo me quedo en el hospital, aferrada a la soledad de una noche extraña, siempre demasiado tranquila.

Me pregunto si ya es demasiado tarde para cambiarlo. Sería increíble pasar esa noche con Selene, ver los fuegos artificiales o pasarnos por Times Square para saludar al Año Nuevo.

—¿Estás admirando lo guapa que te ves de uniforme? —pregunta Arya nada más entrar por la puerta, su pañuelo quirúrgico cubierto de muñecos de nieve.

—Algunas tenemos trabajo que hacer.

—Ya, claro, por eso te estás mirando al espejo medio embobada. ¿O quizá te debates si enviarle un mensaje a cierta piloto de helicóptero? —inquieta alzando las cejas mientras comienza a cambiarse de ropa.

—Tengo prisa —suelto sin pensar, intentando salir del vestuario antes de que empiece a decir alguna tontería.

—¿Te has dado cuenta de que estos últimos dos días Selene parece saber tus horarios de cirugía? Seguro que uno de los duendes navideños se los está filtrando.

—¡Arya! —protesto, aunque la sonrisa que se dibuja en mis labios me delata.

—¿Me acabas de lanzar tu pañuelo quirúrgico? Eso es violencia en el lugar de trabajo, los de Recursos Humanos tienen un protocolo para prevenir ese tipo de cosas y...

—No has ido a una reunión de Recursos Humanos desde que llegaste a este hospital. Bueno, quizá para alguna protesta, pero nada más —le recuerdo, poniendo los ojos en blanco—. ¿Crees que es demasiado tarde para cambiar el horario de las guardias de Nochevieja?

—Sabes que Nochevieja es mañana, ¿verdad?

—Sí, lo sé —admito con un soplido—. Me gustaría haberla pasado con Selene.

—Puedes hacerlo.

—Estoy de guardia —le recuerdo.

—Ya, como siempre en esas fechas, pero eso no quiere decir que no puedas celebrar el Año Nuevo con Selene. Proponle una cita en el hospital. Haz algo especial en la cafetería o cierra la puerta de tu despacho y ya sabes... —agrega, haciendo un gesto demasiado gráfico con sus dedos.

—Estás loca.

—Sí, aunque no es mala idea. Puede que no sea lo ideal, pero es mejor que nada, ¿no? Joder, salvada por el pitido de tu móvil —protesta al ver que acabo de recibir los resultados del cultivo de Holly.

Le hago una seña para que espere y me apresuro a revisarlos.

—¿Esa sonrisa?

—Tenemos la causa de la infección —indico, mientras respiro aliviada.

—Pues tu chica está con ella justo ahora. Acelera, Winters, antes de que se te escape.

Meneo la cabeza divertida mientras se mete en la ducha, aunque no sé si mi alegría proviene de saber que Selene está en el hospital, por los comentarios de Arya o por los resultados de los análisis de Holly.

—¡Eh, Arya! —grito antes de salir del vestuario—. No es mala idea eso que propones, no.

Hago una parada en el área de enfermería para ajustar la medicación de la niña y me dirijo a la habitación 305. Al llegar, Selene está arrodillada junto a la cama, contando una historia absurda sobre unos duendes navideños que cambian la hora en Times Square y consiguen que la gran bola luminosa caiga cuarenta minutos más tarde para que una niña de siete años pueda llegar a tiempo a la celebración.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —pregunto tras asegurarle a Vivian que Holly

estará mucho mejor en tan solo unas horas con la nueva medicación.

Selene me mira extrañada, pero sale de la habitación, con pequeños pasos, quizá sorprendida por lo críptico de mi pregunta.

—¿Algún problema?

—No, solo quería proponerte algo... inusual. Verás, el caso es que me gustaría celebrar la llegada del Año Nuevo contigo y...

—¿Eso es inusual? Vaya... —me corta, llevándose la mano derecha al corazón en un gesto dramático.

—Estoy de guardia y ya no puedo cambiarlo. ¿Quedaría muy raro si cenamos aquí y tal vez vemos los fuegos artificiales desde el jardín de la azotea? Bueno, si quieres, no lo habíamos hablado, probablemente tienes planes para esa noche.

—Mis planes incluyen celebrar la llegada del Año Nuevo con una doctora de ojos verdes. Me da exactamente igual que sea en Times Square, en la azotea del Watson Memorial, volando a través de una tormenta de nieve o encerradas en tu despacho.

—¿Me lo dices en serio?

—Yo traigo la cena —propone con un guiño de ojo.

Capítulo 14

Selene

—Espera, espera, a ver si lo he entendido bien —me corta Arya al otro lado del teléfono—. ¿Quieres disfrazarte de duende navideño para celebrar la llegada del Año Nuevo con Alexia? ¡Joder, me apunto! —chilla.

—¿Te apuntas?

—Sí, tenemos una cena con baile a una manzana de aquí, pero esto suena mucho más divertido. Lo podríamos organizar como una sorpresa para los niños del ala pediátrica. Llamaré a voluntarios que traigan una cena especial y decoraciones navideñas. Yo me encargo de los disfraces —propone, las palabras saliendo aceleradas de su boca.

—Bueno, técnicamente, según la leyenda que circula por el hospital y que estoy segura de que tú misma inventaste, los duendes navideños del Watson Memorial ya tendrían que estar por aquí desde que empezaron las Navidades, solo que ahora les estamos haciendo... visibles —bromeo.

—Buah, es jodidamente perfecto, capulla —expone Arya emocionada—. La reina de hielo te invita a una cita para pasar la Noche Vieja en el hospital y tú quieres convertir el ala de pediatría en la aldea de Santa Claus. Genial, mierda, ¿por qué no se me ocurrió a mí? Ya pedí los disfraces mientras hablábamos, terciopelo verde con muchos cascabeles —anuncia—. Y orejas puntiagudas, pero de las buenas, de silicona, no de esas de plástico que te hacen daño si las llevas puestas más de diez minutos.

—Tengo que colgar, es Marco, un amigo que tiene un restaurante italiano. Le he encargado una cena especial para Alexia en el jardín de la azotea.

Y al cerrar la llamada, mi teléfono se llena con infinidad de mensajes. Parece que Arya ha corrido la voz y media plantilla del Watson Memorial quiere participar, aunque tan solo sea para traer algo de comida, algún disfraz que ya no usa o alguna decoración para conseguir que esa noche sea especial para los pacientes más pequeños.

No soy una mujer muy sentimental, pero mis ojos se humedecen al vislumbrar el pequeño pingüino de peluche que reposa en mi cómoda. A Emily le habría encantado esto, convertir los fríos pasillos del hospital en un reino mágico, aunque tan solo sea por una noche. “Con la habitación decorada es más fácil ser valiente” solía decir.

Esta vez, decoraremos toda la jodida ala de pediatría.

—Gracias por todo esto —susurro asombrada al día siguiente al observar que las decoraciones ya han comenzado.

—Eh, no te me pongas sensible ahora, capulla —bromea Arya—. Déjalo para cuando venga tu doctora dentro de unas horas.

Miro alrededor y el ala de pediatría se ha transformado en una especie de película navideña. Decoraciones por todos los lados, varios árboles navideños, ventanas cubiertas de escarcha. Los niños miran asombrados y, por una vez, sus risas sustituyen al típico pitido de los monitores.

—¿Eres uno de esos duendes que vienen al hospital por Navidad? —pregunta una niña en una silla de ruedas, tirando del disfraz de Arya.

—Solamente soy una doctora muy festiva, los duendes navideños son mucho más sigilosos. Están ahora en el despacho de Safira, robando todo su material de oficina para que luego hagamos un concurso de dibujos.

—Lo he escuchado, doctora Kumari —protesta la administradora desde el otro extremo del pasillo, seguramente ya de camino a su casa.

—¿Dónde coloco la comida de los niños? —pregunta Miguel con una nariz de reno que se ilumina de modo intermitente—. Han traído tanta que ya casi no cabe en la sala de juegos.

Es como si medio hospital hubiese decidido presentarse con algo, varias enfermeras e internos, también algunas doctoras han decidido quedarse esta noche para ayudar. Cada uno viene disfrazado como mejor ha podido, algunos simplemente con un gorro de Navidad, otros de elfos o Santa Claus y observar las caritas de asombro de los niños y sus padres no tiene precio.

—*Per la mia bella pilota e la sua dottoressa*—anuncia Marco, apareciendo con varios platos de comida recién hecha.

Mientras espero a que llegue Alexia, esta parte del hospital, normalmente triste, se llena de alegría. Padres que han pasado meses viendo a sus hijos luchar contra enfermedades a las que ningún niño debería enfrentarse, sonríen felices, aunque tan solo sea por unas horas. Las enfermeras de pediatría que han sostenido a estas familias en sus días más oscuros, ayudan a los pequeños a colocar guirnaldas.

—¿Estás bien? —pregunta Arya al ver que me seco las lágrimas con la palma de la mano.

—Sí, es solo que esto, es... joder, es perfecto —suspiro—. A mi hermana Emily le hubiese encantado.

—Ella está aquí —susurra—. En cada sonrisa de estos niños. Les has traído la magia.

—¡Doctora Winters, han venido los duendes! —chilla Holly al ver a Alexia que se queda parada, petrificada con la boca abierta, como si quisiera decir algo y las palabras se hubiesen atascado en su garganta.

—Madre mía —suspira por fin.

—Doctora, vinieron los duendes navideños —insiste Holly—. Los de verdad. Bueno, y también Selene y la doctora Kumari que se han disfrazado. Pero los duendes del hospital montaron todo esto —anuncia, señalando con el dedo a su alrededor mientras su madre no deja de llorar.

—Tienes que ponerte unas orejas de elfo, es un nuevo protocolo del hospital —indica Arya, entregando un par de orejas a Alexia, que las mira confusa.

Y ahí está, en ese instante se derrumba la última muralla de hielo, mientras se arrodilla frente a la silla de ruedas de Holly y deja que la niña le coloque las orejas puntiagudas.

—Ahora vas a juego con Selene —declara orgullosa la pequeña.

—Alto, falta una cosa, que alguien saque una foto —interrumpe Arya, sacando un poco de muérdago y estirando el brazo para colocarlo sobre nuestras cabezas.

Me giro hacia Alexia, esperando su habitual gesto de poner los ojos en blanco cada vez que la doctora Kumari hace alguna payasada, pero en su lugar, me coge por las solapas del disfraz y me besa frente a todos, consiguiendo que mi corazón se salte varios latidos.

La planta estalla en vítores y silbidos, vale puede que mayoritariamente de Arya, pero el resto también contribuye.

—Cuando te invité a cenar para esperar el Año Nuevo, tan solo me refería a una cena, esto es...

No termina la frase porque se me escapan las lágrimas. Si en algún lugar Emily me está viendo. Seguramente se estará riendo de su hermana mayor disfrazada de duende. Pero sé que también estará orgullosa. Orgullosa de que su último deseo de Navidad antes de morir, llevar la alegría a otros niños atrapados en algún hospital, siga vivo.

Capítulo 15

Alexia

Una vez que se apagan las luces y los niños del ala de pediatría se van a la cama, la noche pasa tranquila. Por primera vez desde que trabajo en este hospital, he celebrado la llegada del Año Nuevo desde la azotea. Es cierto que lo que iba a ser una cita romántica con Selene, acabó casi en un acto multitudinario, porque a nosotras se unieron un montón de personas que habían venido a ayudar con lo de los duendes. Incluso parte del personal que estaba celebrando la cena de Fin de Año a dos manzanas de nosotros, decidieron no ir a Times Square y ver la llegada del nuevo año desde la azotea.

—¿Lista para ir a casa, doctora? —pregunta Selene besando mi frente mientras descansamos en la cama de una de las habitaciones de guardia.

—Fue una noche perfecta —bostezo mientras estiro los brazos y sonrío.

—Lo fue. ¿Quién hubiera dicho que celebrar el Año Nuevo en un hospital podría ser tan romántico?

Hoy, el trayecto por las calles nevadas desde el hospital a mi apartamento se siente muy distinto. Las calles están desiertas a esta hora y caminar de la mano con Selene es casi mágico.

—¡Quieta! —susurro con el corazón en un puño al girar la llave en la cerradura y abrir la puerta.

—¿Qué ocurre?

—Hay una luz encendida, en el salón. Alguien ha entrado.

—No digas tonterías, te la habrás dejado encendida sin darte cuenta.

—Imposible —protesto—. Vamos a llamar a la policía.

Selene se ruboriza ligeramente y pone los ojos en blanco.

—Joder, soy idiota. Iba a ser una sorpresa —murmura de manera crítica.

—¿Una sorpresa?

—Entra, anda —indica, haciendo un gesto con la barbilla hacia el interior de la casa.

Y nada más entrar, lo veo. Un pequeño árbol de Navidad de esos de plástico, decorado con demasiada prisa y algunos regalos mal envueltos en el suelo.

—¿Esto es cosa tuya? —inquiero sorprendida.

—Puede que haya conspirado con Miguel para conseguir tu llave de repuesto —admite, encogiéndose de hombros—. No te preocupes, solo fue por una buena causa, me daba mucha pena que no tuvieses ni un solo adorno.

—¿Te colaste en mi apartamento para poner decoraciones navideñas?

Quizá debería estar enfadada, o al menos molesta, pero en su lugar, hago un esfuerzo para no soltar una carcajada.

—Bueno, lo de decoraciones navideñas es un poco exagerado. Solo es un árbol pequeño con unas guirnaldas y los regalos. Y técnicamente no me colé porque usé tu llave de repuesto, aunque lo haya hecho sin tu permiso, pero entonces no sería una sorpresa.

—No sé si matarte o comerte a besos —bromeo, llevándome una mano a la frente.

—Mejor lo segundo.

—Vaya susto que me has dado, joder —me quejo, llevándome una mano al corazón—.

Estaba convencida de que habían entrado ladrones.

—Deja que te prepare un café para compensártelo —propone con un guiño de ojo y guiándome hacia el sofá—. Más tarde, podemos abrir los regalos y ver una peli navideña. Pero sin horarios, ni protocolos médicos, sin revisar tu teléfono cada treinta segundos. Solo nosotras dos. Relajadas, ¿vale?

Mientras se adentra en la cocina para preparar el café, observo divertida los regalos que descansan bajo el árbol. Desde luego, envolver regalos no es su fuerte, porque ha hecho un auténtico desastre. En uno de ellos, un libro, el papel se le ha quedado corto y hasta se ve el título por la parte del lomo. Hay otro más pequeño con un papel de dibujos animados todo arrugado, asegurado con una cinta aislante azul.

—Menos mal que no salgo contigo por tu habilidad a la hora de envolver los regalos —ironizo cuando regresa con dos tazas de café.

—Sé que el día uno de enero no es un día habitual para entregar los regalos, pero me pareció una pena esperar hasta las próximas Navidades —se disculpa—. De todos modos, ya te advierto que no es nada caro ni sofisticado.

—Uno es un libro, se ve el título —bromeo, señalando con el dedo.

—Espero que al menos te guste esa autora.

—Sí, me gusta. Empezaré por el pequeñito entonces y cuando llegue al libro fingiré sorpresa —propongo.

Pero, al abrir el paquete pequeño, no hace falta fingir ninguna sorpresa, porque me quedo con la boca abierta, prácticamente con la mandíbula caída hasta los pies como en los dibujos animados. Dentro hay un bolígrafo. Aunque no un bolígrafo cualquiera, sino uno idéntico al que siempre llevo conmigo, a mi bolígrafo de la suerte, el que me regaló Laura antes de morir.

—Joder —mascullo entre dientes mientras lo giro entre los dedos—. Es el mismo modelo, solo que este está...

—Nuevo —Selene termina la frase por mí—. Incluso comprobé que funciona.

Me quedo sin palabras, tan solo observando el bolígrafo, haciéndolo girar una y otra vez entre mis dedos.

—Por favor, di algo —suspira Selene—. ¿No te gusta?

—Me encanta —confieso—. ¿Cómo lo encontraste? Este modelo dejó de fabricarse hace veinte años.

—Digamos que tengo mis contactos —admite con una sonrisa—. Un buen amigo tiene varias tiendas de antigüedades y un día le saqué una foto a tu bolígrafo de la suerte de manera disimulada. No fue fácil encontrarlo, pero ahí está. Ahora puedes escribir las recetas con él como querías y mantener el original en tu bolsillo. No se trata del objeto en sí, ni de su valor, sino de lo que representa.

Enrollada alrededor del viejo bolígrafo hay una nota escrita a mano. “Para que sigas salvando vidas, pero al mismo tiempo recuerdes que está bien conservar un poco de magia”.

—Me encanta —confieso.

—Arya me dijo un día que la medicina es ciencia y magia a partes iguales, así que se me ocurrió el mensaje. Está bien que mantengas tus pequeñas manías —agrega, acercándose a mí para besar mis labios.

Me dejo abrazar, apoyando la cabeza en su hombro. El nuevo bolígrafo acaba en mi bolsillo junto al viejo. Presente y pasado. Pérdida y esperanza.

—Feliz Navidad, doctora Winters —murmura contra mi cabello.

—Yo también tengo algo para ti —confieso, sorprendiéndome a mí misma por la emoción que se refleja en mi voz.

—¿En serio? Joder, pensé que había sido súper original con lo de los regalos el día uno de enero y... ¿también pensaste en lo mismo?

—Me gustaría decirte que sí, pero ahora comprendo mejor la insistencia de Arya en preparar un detalle para este día. Es una capulla, como diría ella misma.

Saco el sobre de mi bolso y se lo entrego. Mis manos tiemblan ligeramente, algo que nunca me sucede. Selene me mira con curiosidad, sus ojos azules tienen ahora un destello de inocencia que consigue que mis rodillas tiemblen.

—¿Qué es? —pregunta ilusionada, girando el sobre entre sus manos sin atreverse a abrirlo, casi como una niña.

—Ábrelo, tendrás que descubrirlo.

Selene extrae el contenido: media docena de cartas, algunas escritas a mano, otras a ordenador. Observo cómo despliega la primera y contiene el aliento antes de empezar a leer en voz alta.

“Teniente Callahan:

Tal vez no me recuerdes, pero yo nunca podré olvidarte. Soy James Cooper, del pelotón 247. Han pasado casi ocho años desde aquella noche en Kandahar, pero el eco de tu helicóptero acercándose continúa siendo el sonido más hermoso que he escuchado en mi vida...”

Sus ojos se llenan de lágrimas. Me mira, incapaz de continuar.

—¿Cómo...? —inquire con un largo suspiro.

—Sigue leyendo —susurro, acercándome más a ella para acariciar la parte baja de su espalda.

“...Nadie más se atrevió a volar esa noche. La tormenta de arena era brutal y los disparos no cesaban, teníamos tres heridos críticos y las comunicaciones apenas funcionaban.

Pero llegaste. Una y otra vez escuchamos el rugido de tu Black Hawk sobre nuestras cabezas, como un ángel guardián que se negaba a abandonarnos. Gracias a ti, pude conocer a mi hija Emma. Cada vez que la miro, recuerdo que estoy vivo porque una piloto loca se atrevió a desafiar al mismísimo infierno para salvarnos.”

Selene solloza, se seca con la palma de la mano una lágrima que rueda por su mejilla antes de pasar a la siguiente carta.

“Algunos dicen que los momentos más oscuros sacan lo mejor de las personas. Tú sacaste lo mejor de todos nosotros. No solo por tu habilidad como piloto, que era extraordinaria, sino, sobre todo, por tu humanidad. Por quedarte después de los rescates, sosteniendo la mano de los heridos mientras les contabas historias sobre Nueva York. Por hacernos reír a los médicos cuando el peso de la guerra era demasiado. Por recordarnos que existía la bondad incluso en el peor de los lugares...”

Las lágrimas corren ya libremente por su rostro mientras lee una carta tras otra. Hay testimonios de gratitud de soldados, enfermeros, médicos militares. Todos hablan de su coraje, de su compasión, de momentos específicos donde su presencia marcó la diferencia entre la vida y la muerte.

—Nicole Wright me ayudó a contactar con ellos —explico—. Cuando le mencioné tu nombre, se quedó en silencio un momento y luego me dijo que eras una leyenda entre los equipos médicos en Afganistán. Nunca me dijiste nada de tu condecoración al valor. Hiciste tres vuelos seguidos para evacuar la base de Bagram mientras les atacabas. Te dieron una

estrella de plata. Guau. Y ni siquiera presumes de ello.

—Alexia... —su voz se quiebra mientras abraza con fuerza las cartas contra su pecho—. Esto es... joder, no puedo...

—Eres increíble. Si ya te admiraba como persona, conocer esta parte de tu vida ha sido algo maravilloso. Ahora entiendo mejor muchas cosas. El modo en que consigues que los niños del hospital sonrían con tus historias, que Holly sueña con ser un día como tú. Les muestras que incluso en los días más oscuros siempre hay alguien que lucha por ti.

—Estoy llorando como una tonta —admite.

—Sigues siendo la persona más valiente que he conocido, aunque casi nos matamos con aquella tormenta de nieve. Feliz Año Nuevo, Selene Callahan —siseo, besando sus labios.

Capítulo 16

Alexia

El teléfono vibra justo cuando me estoy quedando dormida sobre el pecho de Selene, mientras ella acaricia mi espalda. Por unos instantes, estoy decidida a ignorarlo, pero algo me empuja a no hacerlo y al ver el nombre que aparece en la pantalla casi se me para el corazón.

—Mierda —mascullo entre dientes mientras leo el mensaje.

—¿Tu madre está en Manhattan? —inquieta Selene abriendo los ojos con sorpresa cuando le digo de qué se trata.

—Aparentemente, sí —admito con un bufido que delata mi enfado—. Dice que está por la zona —cito, haciendo unas comillas en el aire alrededor de esa frase—. Para ella eso significa “tengo algo importante que decirte y he venido hasta Manhattan, así que deja lo que sea que estés haciendo y ponte en contacto”.

—Pues invítala a venir.

—No creo que sea buena idea —protesto.

—Joder, es tu madre.

—Cuando nos vemos, las cosas no suelen acabar bien —me defiendo.

—No seas idiota —insiste—. Si está en Manhattan significa que no se va a marchar tan fácilmente. Además, se me dan genial las madres, ya lo verás.

—Ya, esta madre lo dudo —murmuro.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste?

—Las Navidades pasadas. Me dijo que debía darme prisa porque se me estaba “pasando el arroz”. Eso, delante de toda la familia —le explico, todavía recordando lo mal que me sentó aquella frase.

—Joder.

—Eso mismo dije yo. Luego añadió que con mi mal genio, no le extrañaba que estuviese soltera.

—Ahora no lo estás. No solo eso, sino que acabas de salir en las noticias por salvar la vida de una niña. Ahora eres feliz —hace una pausa—. Eres feliz, ¿verdad?

—Claro que lo soy, idiota. Precisamente por eso no me apetece ver a mi madre. Por mucho que consiga en la vida, siempre será poco para ella. Es horrible —me quejo, escondiendo el rostro en su cuello de manera dramática.

—Vamos, dile que venga. Muéstrale quién eres realmente, no quien ella siempre quiso que fueses —propone, recogiendo del sofá mi teléfono móvil para que la llame—. Yo me quedo de apoyo —agrega.

—¿Te quedas?

—No te dejaría sola por nada del mundo. Por lo que cuentas, enfrentarse en solitario a tu madre es más peligroso que volar a ciegas en medio de una tormenta de nieve —bromea, inclinándose para besar mi frente.

—Probablemente te odiará, te lo advierto.

—Probablemente, pero si sobreviví a dos turnos en Afganistán, espero sobrevivir a tu madre. Llámala, cuanto antes acabes con esto, mejor —insiste, señalando con la barbilla

hacia mi teléfono móvil.

Respiro hondo, expulsando el aire lentamente mientras pulso el botón de llamada y la voz suena estridente al otro lado de la línea.

—Alexia, ya era hora. Empezaba a pensar que estarías en una cirugía de urgencia el día de Año Nuevo. ¿No es esa la manía que tienes, pedirte todas las guardias que nadie quiere?

Niego lentamente con la cabeza mientras Selene trata de que no se le escape la risa. He puesto el teléfono en manos libres para que vea que no exagero cuando hablo de mi madre. Luego dice que por qué no la llamo más a menudo. Ni un “hola”, ni un “cómo estás”. Comienza directamente con un reproche.

—Hola, mamá. A Selene y a mí nos encantaría que vinieses a tomar un café esta tarde, si no estás muy ocupada. Ya que estás en la zona...

Sé perfectamente que no está ocupada y que está en la zona justamente porque quiere hablar conmigo en persona, pero, por algún motivo que desconozco, desde que era una niña, las comunicaciones de la familia Winters siempre son dando rodeos.

—¿Quién es Selene? —inquire en un tono de voz extraño.

—Es mi novia, mamá.

—¿Y no me lo habías dicho? A qué especialidad se dedica. ¿También a la cirugía?

—No es doctora. Es piloto de helicópteros —le explico.

Una pausa.

Larga.

Demasiado larga.

Y los esfuerzos de Selene por contener la risa empiezan a no dar resultado, la pobre tiene que ponerse un cojín en la cara para que no se escuche.

—Piloto de helicópteros —suspira.

No es una pregunta, ni siquiera una afirmación. Es su manera de hacer de menos a la gente. Tiene esa habilidad, simplemente cambiando la entonación. Ella y sus amigas.

—Ya veo... —murmura—. ¿Dentro de veinte minutos te parece bien? ¿Quieres que lleve algo? La última vez que estuve en ese apartamento me ofreciste un café verdaderamente horrible. Sigues en ese apartamento tan chiquitito, ¿verdad?

Ni siquiera me deja responder. Las preguntas se suceden sin una sola pausa, como si no necesitase respirar.

—Estaré ahí en veinte minutos —anuncia antes de colgar sin esperar confirmación.

—Joder, tu madre es todo un personaje —indica Selene divertida.

—¿Qué he hecho?

—¿Me pongo la ropa de la cena de anoche?

—¿El disfraz de duende navideño?

—No, joder, la ropa formal que me puse más tarde.

—No hace falta, no exageres, pero vamos a buscarte algo, le daría un ataque al corazón si te ve con esa camiseta de tirantes y sin sujetador.

—Hace un rato me decías que me quedaba muy bien —bromea, mirándose de lado en el espejo.

El golpeteo de los nudillos en la puerta llega exactamente a las tres en punto. Mi madre nunca ha llegado tarde a nada en su vida. Tampoco temprano. Lleva a gala llegar siempre justo en el momento preciso.

—Estás perfecta, tranquila. Tú puedes, es tan solo una visita de tu madre —susurra Selene, al ver que trato de alisar la blusa con la palma de las manos mientras compruebo en

el espejo que mi pelo está bien sujeto en una cola de caballo.

En cuanto abro la puerta, mi madre entra como si fuese un viento invernal. Su abrigo de Carolina Herrera immaculado, a pesar de la nieve que está cayendo, lo que me indica que, o bien estaba muy cerca, o ha venido en taxi justo hasta la puerta. Escanea mi apartamento antes de saludar, seguramente catalogando en su mente cada defecto o cosa mal colocada.

—Cariño —se acerca para besarme, aunque nunca llega a hacerlo, es una manía que tiene—. Veo que sigues viviendo en este encantador pequeño lugar. ¿No te pagan lo suficiente en ese hospital? Podrías trasladarte a Connecticut y trabajar a mis órdenes, seguramente ganarías más y ahorrarías dinero. La vida en Nueva York es muy cara.

—Ya lo hemos hablado más veces, mamá. En tu hospital no podría realizar cirugías cardíacas y...

—Pero estoy segura de que serías una gran cirujana general —me interrumpe, mirando fijamente a Selene mientras eleva con precisión milimétrica sus cejas perfectamente depiladas.

—Mamá, esta es Selene —le indico.

—Un placer, señora Winters —saluda, extendiendo la mano, aunque el apretón de mi madre es tan breve que parece incluso desdeñoso. Al menos no ha besado al aire como hizo conmigo.

—¿Mi hija me ha dicho que eres piloto de helicópteros? ¡Qué aventurera!

—Así es.

—¿Así que te dedicas a llevar a ejecutivos de un sitio a otro? ¿Es así? Cuando pasábamos los veranos en nuestra casa de la playa en Martha's Vineyard también utilizábamos un helicóptero de esos. Nos llevaba directos desde Connecticut y así evitábamos los atascos. Ahora Alexia ya nunca quiere ir y...

—Trasporto órganos para trasplantes, no a ejecutivos —aclarar Selene, cortando a mi madre con educación—. Vuelo de hospital a hospital, no a Martha's Vineyard, Nantucket, los Hamptons ni a ningún sitio de esos.

—Ya veo. ¿No te pagarían más dinero?

—Es muy probable, pero le garantizo que llevar órganos que salvarán una vida es mucho más gratificante. ¿Le preparo un café?

Traidora.

Mi madre hace un gesto indefinido, lo que Selene aprovecha para perderse en la cocina a preparar café y me deja a solas.

—¿Te acuerdas de James Rochester, el hijo de mi amiga Caroline? Acaba de ser nombrado socio del despacho de abogados de su padre. Siempre pensé que acabaríais juntos.

Simplemente sonrío y me encojo de hombros. James es un buen amigo, aunque la razón por la que pasábamos tanto tiempo juntos cuando éramos adolescentes era para que nuestros padres nos dejasen en paz. Me pregunto si mi madre se ha enterado ya de que es gay. Supongo que no, a juzgar por su comentario.

—Tienes unas ojeras horribles, por cierto. Deberías usar una crema que me han recomendado que...

—Alexia ha estado de guardia toda la noche en el hospital —corta Selene, dejando los cafés sobre la mesa.

—Oh, ya veo. Te enviaré el nombre de la crema de todos modos —insiste mi madre, observando con detenimiento el café como si Selene fuese a envenenarla o hubiese escupido

en él. Arya probablemente lo habría hecho, pero no Selene.

Nos quedamos en silencio durante un buen tiempo, pero, conociendo a mi madre, eso no puede ser nada positivo.

—Todas esas guardias que haces... Deberías ir pensando en sentar la cabeza, ya no eres una interna. Y este apartamento tan diminuto... Sabes que podríamos ayudarte a comprar algo más decente, quizá frente al Central Park.

—Esta casa es más que suficiente, mamá, y me queda cerca del hospital. Desde el Central Park tardaría mucho en llegar. No es una cuestión de dinero.

—Solo me preocupo por ti, cariño —me corta—. No sé, este sitio tan pequeño... ¿Qué diría tu padre?

—Pues no sabría decirte, la verdad —las palabras salen de mi boca antes de que pueda pensarlas—. Ninguno de los dos habéis aprobado casi nada de lo que hago. Nunca os parece lo suficiente.

Mi madre se me queda mirando con una expresión que no consigo descifrar. No sé si está enfadada por mi comentario o regresa a esas miradas que me dedicaba cuando era una niña y pensaba que era tonta.

—Veo que sigues tan dramática como siempre —suspira con un gesto de desdén, seguramente estudiado ante un espejo para que parezca elegante—. Imagino que debo estar agradecida de que al menos hayas estudiado medicina en vez de... —se queda mirando a Selene y por un momento me temo lo peor.

—Alexia es una de las mejores cirujanas cardiorácicas del país —interviene Selene a mi lado sin perder la compostura—. Es una referencia en las operaciones a corazón abierto en pacientes infantiles.

Por supuesto, mi madre lo sabe, o debería saberlo, porque ella también se dedica a la medicina, pero, por algún motivo que desconozco, siempre decide ignorarlo.

—¿Y supongo que tú la ayudas a conseguir esos órganos con tu pequeño helicóptero? ¡Qué conveniente...! —de nuevo, eleva una ceja con precisión milimétrica.

—Mamá, por favor, vamos a dejar esta conversación, no quiero que...

Hago una pausa. Demasiado larga, porque de pronto no encuentro las palabras al notar que no lleva puesto el anillo de brillantes que mi padre le regaló cuando se casaron.

—¿Por qué no vino papá? —pregunto con miedo y su fachada perfecta se agrieta.

—Tu padre... está tomándose un tiempo con la nueva asistente legal de su despacho. Tiene veintisiete años —añade con desprecio.

—Joder, mamá —suspiro.

El silencio que sigue es ensordecedor. Mi madre mantiene la compostura, estoica, pero yo creo que, de no ser por la mano de Selene apretando la mía, tendría un ataque de nervios.

—Por eso has venido...

—Me dijo que era una mujer fría, ¿te lo puedes creer? —susurra, su voz quebrándose tan solo un poco— Que esa chica le hace sentir vivo. Con todos los sacrificios que hice por la familia, ahora se va con una chica que es incluso más joven que tú. ¿Crees que soy fría? Dime al menos que fui una buena madre.

Selene aprieta de nuevo mi mano, como si quisiese recordarme que tenga cuidado con lo que voy a decir.

—Mamá, estoy segura de que lo hiciste lo mejor que pudiste —mascullo—. Al menos, que todo fue por mi bien o eso creías. Ser buena madre o no, todo depende, es un concepto demasiado subjetivo. Convertiste el funeral de mi mejor amiga, cuando tenía solo doce

años, en una conferencia sobre lo importante que era mantener la distancia emocional en la medicina. Todavía tengo pesadillas con eso. Me hacías sentir horrible cada vez que mis notas no eran lo suficientemente perfectas. Yo...

—Tú misma lo has dicho. Solo quería lo mejor para ti —interrumpe, poniéndose muy tensa.

—No lo sé, mamá. Supongo que sí. O lo mejor para tu imagen. La hija perfecta para combinar con la vida perfecta. Pero no lo soy, mamá. Disto mucho de ser perfecta. Soy una cirujana que intenta cada día ser mejor. Desde que tenía doce años, tengo dependencia emocional de un bolígrafo de la suerte que me regaló Laura antes de morir. Y ahora salgo con una piloto de helicópteros que se disfraza de duende navideño para hacer reír a los niños enfermos. No soy perfecta, pero intento ser feliz.

—Alexia, no creas que no estoy orgullosa de ti. Eres la cuarta generación de doctores en la familia y...

—No estudié medicina por ti, mamá —bufo—. Tampoco por ninguna tradición familiar. Lo hice por Laura, porque le prometí antes de morir que me convertiría en el tipo de doctora que podría haberla salvado. Pero tú no sabías eso, ¿verdad? Porque nunca me preguntaste si me gustaba la medicina. Me gusta, adoro la cirugía, pero nunca me lo preguntaste. Lo diste por sentado.

—Yo nunca pretendí...

—¿Preguntas si eres fría? Sí, lo eres, mamá. Eres el tipo de madre que hace que su hija sienta que nunca es lo suficientemente buena, que consigue que su hija luche cada día contra ridículas inseguridades. Quizá no has podido evitarlo, no te voy a juzgar a estas alturas de mi vida.

—Se me hace tarde. Ha sido un placer —espeta, comprobando su Rolex de oro y levantándose como si no hubiese escuchado ni una sola de mis palabras.

—¿Se te hace tarde? —repito confusa.

—No sé ser de otro modo.

—Pues aprende, mamá. Ya no soy esa niña pequeña que hacía lo que fuese por ganarse tu aprobación. Ya no la necesito. Soy tu hija, pero no tu reflejo. Lo que necesito ahora es una madre con la que pueda hablar, una madre que me valore. Acepta quién soy, por favor. Aún estamos a tiempo.

Se detiene justo antes de llegar a la puerta, con la mano ya en el pomo.

—Te he visto en las noticias. Esa niña pequeña, ¿sobrevivió?

—Sí, sobrevivió. Se llama Holly y quiere ser piloto de helicópteros.

—Como tu Selene.

—Sí, ella fue la que voló a través de la tormenta de nieve cuando nadie más se atrevía a hacerlo.

—Ya veo —es todo lo que escucho antes de que cierre la puerta y desaparezca, dejando tan solo un persistente olor a Chanel en el aire.

—Guau, tu madre es intensa —susurra Selene a mi oído, abrazándome desde atrás.

—Lo es —reconozco—. Nunca me había atrevido a decirle estas cosas.

—Pero lo hiciste. Creo que a largo plazo será muy bueno para vuestra relación. Empezará a verte como a una mujer adulta y no todavía como a una niña a la que hay que vigilar para que no cometa equivocaciones.

—Eso espero. De verdad, espero que lo comprenda —confieso, girándome para besar sus labios.

Capítulo 17

Alexia - Un año más tarde

—Como sigas apretando ese viejo bolígrafo de la suerte y se rompa, te va a quedar guapo el traje de novia —advierte Arya mientras me ayuda a vestirme.

La capilla del hospital parece distinta y se ha quedado pequeña para el número de personas que han querido asistir a la boda. Arya y Jackie Stone han intercalado luces blancas entre los bancos y Holly ha esparcido quizá demasiados pétalos de rosa por el pasillo.

—Joder, ha venido tu madre, capulla —anuncia Arya, señalando con la barbilla hacia un lugar apartado.

Sigo su mirada y parece que mi madre haya venido a un cóctel de gala o a una reunión de negocios en vez de a la boda de su hija. En el último año, nos hemos acercado un poco más, por lo menos lo está intentando. Incluso ha empezado a aceptar a Selene. Por supuesto, insistió en que celebrásemos la boda en la casa de la playa de Martha's Vineyard o, en su defecto, en Connecticut, pero queríamos que pudiesen asistir el mayor número de compañeros de trabajo posible. Es curioso ver que algunos de los que están de guardia se han presentado todavía vestidos con su bata de hospital.

Ya es más de lo que puedo decir de mi padre. Desde que está con esa asistente legal jovencita, ha desaparecido de mi vida. Ahora que está embarazada, ha aprovechado para decir que no vendría porque podría resultar muy cansado para ella. En fin, él sabrá. Me niego a que esa circunstancia estropee la alegría del momento.

—Doctora Winters —la voz de Holly me devuelve a la realidad. Selene ha insistido en que sea la portadora de los anillos y, según su madre, lleva prácticamente un mes saltando de emoción—. Selene dice que ella ya está lista. Y está guapísima. En plan, súper, súper, guapísima —repite asintiendo rápidamente con la cabeza.

—Gracias, cariño, ya vamos —susurro con un guiño de ojo.

—¿Te cuento un secreto?

—Sí, dime.

—No se lo puedes contar a nadie, ¿vale? —me recuerda la niña, mirándome fijamente a los ojos.

—A nadie, promesa de meñiques.

—Selene está muy emocionada. Hace un rato se le caían lágrimas, pero recuerda que no puede saberlo nadie —susurra, haciendo un dramático guiño de ojo.

—A mí también se me han escapado algunas lágrimas —murmuro de vuelta—. Y estoy segura de que se me caerán más cuando vea a Selene. ¿Lista para llevar los anillos?

Respiro hondo y camino tras la pequeña. Selene ya me está esperando cuando la música comienza. Pero no es ninguna de las marchas nupciales tradicionales, sino que Arya insistió en que sonara “*Walking on Sunshine*” de Katrina and the Waves para darle un ambiente más festivo.

Y cuando Holly dijo que Selene estaba “súper, súper, guapísima” según sus propias palabras, no mentía. Se me corta la respiración al verla. Me sonrío vestida con un traje blanco a medida que hace resaltar sus ojos azules y esa sonrisa que me dedica. Joder,

empiezo a pensar que se podría morir por esa sonrisa.

—Vale, no te pongas a llorar ahora, capulla, que estropeas todo el maquillaje —me recuerda Arya, pegándose un codazo en las costillas.

Pero mientras camino hacia ella, no puedo evitarlo. Porque no se trata tan solo de casarme con el amor de mi vida, también de todas las formas en que me ha ayudado a convertirme en la mejor versión de mí misma.

—Hola, preciosa —susurra cuando me coloco a su lado. Su mano tiembla ligeramente al intercambiar los anillos. Mi intrépida piloto que puede volar a través de tormentas o disparos pero que aún le dan miedo las escaleras mecánicas.

La ceremonia transcurre en un torbellino de emociones y promesas. Tras besarnos, la sala estalla en vítores y silbidos, principalmente de Arya, mientras Holly lanza los pocos pétalos de rosa que le quedaban al aire como si fuesen confeti.

—Ahora llega la mejor parte —susurra junto a mi oído.

Sonríó mientras nos dirigimos al ala de pediatría. ¿Qué mejor manera de celebrar que nos acabamos de casar que con los niños que nos unieron?

—El último en llegar es un estetoscopio congelado —grita Arya, echando una carrera con Holly por los pasillos y ganándose un gruñido de desaprobación por parte de un grupo de enfermeras.

—Guau, parece una boda de princesas —suspira una niña, tapándose la boca con las manos.

—Es mucho mejor que eso —comienzo, sorprendiéndome a mí misma—. Es la historia de una doctora que pensaba que debía ser muy fría para salvar a más gente y...

—Esa eres tú —grita Holly, dedicándonos una gran sonrisa a la que le faltan algunos dientes—. ¡Cuéntales lo de las palomas gigantes y la tormenta de nieve!

Mientras hablo, Selene se mueve entre los niños, distribuyendo los regalos que hemos comprado para ellos, cada uno individualizado y elegido con esmero.

—¿De verdad volaste con Selene a través de una tormenta para salvar a Holly? —pregunta una niña que lleva ya un mes en el hospital, apretando contra el pecho su nuevo oso de peluche.

—Claro que lo hicimos. Y volveríamos a hacerlo, por todos y cada uno de vosotros —les aseguro.

—Doctora Winters, ¿podemos comer ya las galletas de chocolate que hizo Marco?

—Son para después de la cena —me apresuro a responder, aunque la mano de Selene en mi hombro me indica que, al fin y al cabo, es el día de nuestra boda y podemos hacer una excepción.

—¡Venga, venga, las galletas! —chilla Arya, cogiendo una de las cajas y empezando a repartirlas antes de que pueda decir nada—. Y mientras tanto, mejor que Selene nos cuente alguna de sus historias, que las de la doctora Winters son un poco aburridas—propone, ganándose el aplauso unánime de los niños.

Selene se sienta en el suelo con las piernas cruzadas mientras los niños y sus padres hacen un círculo alrededor.

—Os voy a contar un secreto —comienza—. Cuando conocí a la doctora Winters, no creía en la magia. Ni siquiera un poquito. Nada.

—¡Pero si hasta tiene un bolígrafo mágico de la suerte! —protesta Holly, que en el último año ha pasado a ser casi de nuestra familia.

—Sí, porque muchas veces, la magia más poderosa puede estar escondida donde menos

te lo esperas. En un bolígrafo de la suerte o en un helicóptero. Os voy a contar la historia de una vez que, mientras volaba, me encontré con un arcoíris nocturno.

—¡Eso es imposible! —se queja una niña de unos doce años, aunque la ilusión en su mirada me indica que no le importaría creer que fuese verdad.

—Sé que suena imposible —insiste Selene—, pero fue como si todas las estrellas hubiesen decidido pintar el cielo de colores para indicarme el camino. Esas cosas suceden cuando alguien muy valiente lucha contra algo muy difícil, como vosotros cuando debéis entrar en el quirófano aunque estéis asustados o quedaros en el hospital en vez de jugar en el parque con vuestros amigos.

—¿Y qué hacía ese arcoíris? —inquire Tommy, deslizándose por el suelo un camión de juguete.

—Esa es la mejor parte —asiente Selene—. Cada color tiene un poder diferente a los demás. El rojo, por ejemplo, te permite ser más valiente. El amarillo te ayuda a sonreír, incluso en los días más difíciles. Con el azul puedes dormir cuando estás preocupado. Y el verde... el verde es mi color favorito, porque te da esperanza de que todo saldrá bien.

—¿Y el morado? —interrumpe Lisa, que comienza a perder su cabello por la quimioterapia.

—El morado es muy especial. Ese color es para los superhéroes como vosotros, porque seguís luchando incluso en los momentos en los que estáis más cansados.

A continuación, se levanta y camina hacia la ventana al tiempo que los niños la siguen con la mirada.

—¿Veis esos copos de nieve? Cada uno de ellos es un pedacito de ese arcoíris mágico, por eso brillan tanto. Estos días, cada vez que veáis nevar, podéis recordar que allá arriba, en algún lugar entre las nubes, hay un arcoíris cuidando de vosotros.

—¿Cómo cuidó de Holly el año pasado cuando necesitaba un corazón nuevo? —inquire uno de los niños más pequeños.

—Exactamente. Y, ¿sabéis qué más? —Selene hace una pausa para añadir dramatismo a la historia y todos los niños niegan con sus cabecitas casi al mismo tiempo, observándola con los ojos muy abiertos—. Cada vez que uno de vosotros es valiente, aunque tenga mucho miedo, cada vez que uno de vosotros no se rinde y sigue luchando a pesar de que está cansado o siente dolor... el arcoíris mágico tiene más fuerza.

Algunos de los padres se secan las lágrimas con disimulo. Es terrible ver a tu pequeño enfermo en la habitación de un hospital mientras tratas de mantenerte fuerte y positivo todo el tiempo.

—¿Tú has visto alguna vez a los duendes navideños del Watson Memorial? —corta un chiquitín de cinco años—. ¿Esos que decoran los pasillos por Navidad y roban papeles y bolis para que pintemos?

—Oh, claro que sí. Incluso una vez les monté en mi helicóptero para que llegasen más rápido al hospital. A uno de ellos se le escapó el gorro por culpa del viento —asegura, mientras los niños ríen o se llevan las manos a la boca imaginando la escena.

—¿De verdad?

—Sí, esos mismos duendes, a veces cambian la hora de los relojes para darnos más tiempo, porque, aunque los milagros tardan en llegar, eso no significa que no estén en camino —concluye, a pesar de que muchos de los niños la presionan para que les cuente una nueva historia.

—¿Duendes navideños que cambian la hora de los relojes? ¿En serio? —murmuro

cuando se sienta a mi lado.

—A veces una historia es la mejor de las medicinas —bromea, inclinándose hacia mí para besar mi mejilla.

Media hora más tarde, Holly pega saltos de emoción cogida de la mano de su madre en el helipuerto del hospital.

—Vamos antes de que se den cuenta de que hemos robado el helicóptero —susurra Arya, haciendo una mueca.

—¿De verdad voy a volar?

—Una promesa es una promesa, capitana Holly y yo siempre cumplo mi palabra. Así que arriba —indica, ayudándola a subir.

—¿La doctora Kumari también viene con nosotras? —inquieta la niña con sorpresa.

—Claro, tiene que ayudarnos a luchar contra las palomas gigantes de Central Park. ¿Has traído la caja de donuts?

La niña asiente lentamente con la cabeza, enseñando orgullosa una caja con donuts variados que espero no tener que tirar a ninguna paloma.

Ya en el aire, me posiciono para grabar con mi teléfono móvil el momento en que Selene le enseña a Holly cómo sujetar los controles del helicóptero. Mantiene sus manos sobre las de la niña por precaución, pero la sonrisa de la pequeña, su cara de felicidad al cumplir su sueño, es lo más bonito que he visto nunca.

—Dame el móvil, capulla, que vas a estropear el video con tanta lágrima —protesta Arya, arrebatándome el teléfono de las manos.

—¡Mira, Central Park! Los árboles parecen brócoli desde aquí arriba —chilla Holly.

—Allí, las palomas gigantes —grita Arya.

—No las veo.

—Tira los donuts, están debajo del helicóptero.

Antes de que me quiera dar cuenta, los donuts vuelan uno a uno por los aires, espero que no caigan sobre la cabeza de ninguna persona. Selene, Arya y la niña están sumidas en un ataque de risa que parece no tener fin.

—¿Crees que algún día yo también podré ser piloto como tú?

—¿No quieres ser doctora y trabajar en el Watson Memorial?

—Mejor piloto de helicópteros.

—Seguro que sí.

—¿Incluso con mi corazón especial? —insiste.

—Especialmente con tu corazón especial —asegura Selene—. Te hace más fuerte y también más valiente. Igual que el bolígrafo de la suerte de la doctora Winters la convierte en la mejor cirujana de todas.

La niña sonríe y, mientras nos asegura que es el mejor regalo de Navidad que ha tenido nunca, empatado con el corazón nuevo que le trajeron los duendes navideños el año anterior, me doy cuenta de que, algunas veces, la mejor medicina no se encuentra solo en los libros de texto o los quirófanos.

A veces, también se puede encontrar en una piloto de helicópteros que dice ver palomas gigantes y duendes navideños. Una piloto que teme a las escaleras mecánicas, pero que hace sonreír a los niños, incluso en sus peores momentos. Una piloto que ha conseguido que crea en la magia y que cada día cumple el último de deseo de su hermana pequeña: llevar la alegría a otros niños enfermos atrapados en algún hospital.